



Revista Colección  
ISSN: 1850-003X  
ISSN-L: 0328-7998  
coleccion@uca.edu.ar  
Pontificia Universidad Católica Argentina (UCA)  
Argentina

Susnik, Martín

**HITLER Y SUS COHERENTES CONTRADICCIONES. A CIEN AÑOS DE *MEIN KAMPF***

Revista Colección, vol. 37, núm. 1, 2025, Noviembre-Abril 2026, pp. 77-118

Pontificia Universidad Católica Argentina (UCA)

Buenos Aires, Argentina

DOI: <https://doi.org/10.46553/collec.2026.5012>

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=774684287003>

- ▶ [Cómo citar el artículo](#)
- ▶ [Número completo](#)
- ▶ [Más información del artículo](#)
- ▶ [Página de la revista en redalyc.org](#)

redalyc.org

Sistema de Información Científica Redalyc

Red de revistas científicas de Acceso Abierto diamante

Infraestructura abierta no comercial propiedad de la academia

# HITLER Y SUS COHERENTES CONTRADICCIONES. A CIEN AÑOS DE *MEIN KAMPF*

---

**Martín Susnik\***

Instituto Superior Marista

✉ [msusnik@gmail.com](mailto:msusnik@gmail.com)

Recibido: 20 de diciembre de 2025

Aceptado: 15 de marzo de 2026

DOI: 10.46553/colec.2026.5012

**Resumen:** El presente artículo quiere, en primer lugar, presentar un resumen de las ideas centrales del nazismo tal como se expresan en el libro de Adolf Hitler, *Mein Kampf*, y luego analizar las tesis metafísicas, antropológicas, epistemológicas y éticas de fondo que se hayan implícitas en esta ideología, con el objetivo de señalar algunas coherencias y también contradicciones inherentes al planteo.

**Palabras clave:** Hitler; nazismo; realismo; nihilismo; ideología; poder

## HITLER AND HIS COHERENT CONTRADICTIONS. ONE HUNDRED YEARS AFTER *MEIN KAMPF*

**Abstract:** This article aims to present a summary of the central ideas of Nazism as expressed in Adolf Hitler's *Mein Kampf*, and then to analyze the underlying metaphysical, anthropological, epistemological, and ethical theses implicit in this ideology, with the goal of identifying certain internal consistencies as well as inherent contradictions in its framework.

**Keywords:** Hitler; Nazism; realism; nihilism; ideology; power

---

\* Profesor de Filosofía por la Pontificia Universidad Católica Argentina. Se desempeña como directivo y docente en el nivel medio y superior. Autor del libro *Realismo que libera. Ensayos sobre libertad y educación* (Sabiduría Cristiana, Bs. As., 2024), y de numerosos artículos académicos y de difusión publicados en Argentina y en Eslovenia.

## I. Introducción: el libro

Se ha cumplido un siglo de la primera publicación de *Mein Kampf*—*Mi lucha*—, la única obra oficialmente publicada por Adolf Hitler. El texto fue escrito durante los días de prisión en la Fortaleza de Landsberg, donde se hallaba condenado por ser el responsable del intento de golpe de estado de 1923 —“*Putsch* de Múnich”<sup>1</sup>—.

La primera parte del libro vio la luz pública el 18 de julio de 1925. Originalmente el autor había pensado titularla “Cuatro años y medio (de lucha) contra las mentiras, la estupidez y la cobardía”, título acertado gracias a la acertada sugerencia del editor Max Amann. La segunda parte sería publicada un año más tarde, en 1926.

En el libro encontramos muchas de las tesis centrales de la visión política e ideológica del mismo Hitler y del Partido Nacionalsocialista como organización, siendo estas tan íntimamente interdependientes que, en cierto sentido, podría decirse que son coincidentes o, sin más, identificables<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Para más detalles sobre los hechos históricos de este suceso ver los trabajos de Fest (2005, II, 4-III, 1) y Simms (2021, 114ss).

<sup>2</sup> Aclaremos que esto no quiere decir que la *ejecución* de las políticas durante su gobierno haya sido siempre eficazmente dependiente de decisiones programáticas y racionales del *Führer*, quien en la práctica era no pocas veces renuente a tomar decisiones, de hecho. En cuanto al debate historiográfico, eruditamente analizado por Kershaw (2004, 101-130), entre los “intencionalistas” —que consideran que los acontecimientos durante el *Tercer Reich* se explican principalmente por la personalidad, la ideología, el programa y la voluntad de Hitler como “amo absoluto”, por lo que se la denomina también “interpretación programática” y “hitlercentrista”— y los “estructuralistas” —también “funcionalistas” o “revisionistas”, que critican el excesivo acento puesto en el papel personal desempeñado por Hitler (quien habría sido un dictador más bien débil) y consideran que se debe hacer mayor foco en las condiciones y estructuras que permitieron las barbaridades acaecidas—, es posible que nuestro estudio parezca más cercano a la primera posición. Esto se debe, en buena medida, a que, efectivamente, hemos centrado nuestra atención en Hitler y su centenario texto. No obstante, coincidimos con Kershaw (2004, 129) en que “«intención» y «estructura» son ambos elementos esenciales para una explicación del Tercer Reich, y necesitan una síntesis más que ser puestos en oposición uno con el otro” (*cfr.* Kershaw 2004, 72). Consideramos incluso que no es tan extraño que Hitler haya sido “amo” y “débil” a la vez, en parte por la lógica interna de sus propias intenciones e ideología. Acaso algunos de los análisis que propondremos más adelante permita aclarar esta cuestión.

La ideología del nacionalsocialismo parece haber sido, en definitiva y en sus puntos esenciales, la ideología del mismo Hitler como líder predominante del movimiento desde julio de 1921. Por ello no es extraño que el libro combine elementos autobiográficos —referidos especialmente a la infancia y juventud del autor— con elementos ideológicos de orden partidario. En sus páginas expone, por tanto, lo que *él* piensa, pero se deja en claro a la vez que ese es el contenido ideológico del movimiento e, incluso, que ese debería llegar a ser el “pensamiento” del pueblo alemán si es que este pretendía salir eficazmente de la crisis en la que se hallaba inmerso en aquellos años posteriores a la Gran Guerra.

Ciertamente el libro no es un tratado ni un texto dedicado a una élite de intelectuales. Su estilo es sencillo y pragmático, un tanto tosco y espasmódico, pero accesible a todo lector y en él predomina un tono de llamativa seguridad. Expone, como se ha dicho, las tesis ideológicas centrales del partido referidas a diversos puntos, pero no hay allí mayor profundización especulativa ni pretensiones de fundamentación teórica. Hitler no era filósofo. Cualquier deseo de encontrar en ella un contenido filosófico profundo y elaborado, o al menos cierto rigor académico, se ve frustrado. No obstante Hitler presenta allí con bastante franqueza y es llamativamente explícito en lo que se refiere a la enumeración y explicación —aunque frecuentemente simple— de sus propuestas. Para el lector contemporáneo, conocedor de lo que fue el nazismo una vez que este alcanzó el poder, lo primero que sorprende de este “evangelio” nacionalsocialista es que su contenido, en cierta manera, no sorprende.

El foco está puesto en dos grandes cuestiones: la política exterior y la política interior, que dan lugar a dos grandes objetivos: “la cuestión territorial como objetivo de nuestra política exterior; y un nuevo fundamento de la unidad nacional, ideológicamente definido, como finalidad de la política interior” (Hitler 2013, 404).

Procuraremos resumir brevemente los elementos de estos dos ámbitos, empezando por el segundo, que también tiene cierta primacía en el texto original.

## II. Política interna: la ideología nacionalsocialista

Mediante el recurso autobiográfico de las páginas iniciales Hitler expone cómo ya en su juventud había llegado a abrazar el nacionalismo como postura política personal. Un nacionalismo no austríaco<sup>3</sup>, sino “pangermánico”. De este nacionalismo se sigue su enérgico rechazo por los Habsburgo y el pluralismo multicultural que ellos habrían favorecido, y que Hitler mismo experimentó con desagrado durante su estancia en Viena<sup>4</sup>, en la que, según sus palabras, se encontró con una “Babilonia de razas” (Hitler 2013, 83). Este nacionalismo progermánico, en efecto, tiene su fundamento pseudocientífico en el racismo, es decir en la teoría de que no sólo hay diferencias raciales entre los seres humanos, sino que estas diferencias implican una jerarquía: la raza superior es la raza aria.

Todo cuanto hoy admiramos en el mundo —ciencia y arte, técnica e inventos— no es otra cosa que el producto de la actividad creadora de un número reducido de pueblos, y quizá, en sus orígenes, hasta de una sola raza. [...] Es un intento ocioso querer discutir qué raza o razas fueron las depositarias originales de la cultura humana, y por tanto, los verdaderos fundadores de todo aquello que entendemos bajo el término Humanidad. Más sencillo es aplicar esa pregunta al presente, y aquí, la respuesta es fácil y clara. Lo que hoy se presenta ante nosotros en materia de cultura humana, de resultados obtenidos en el terreno del arte, de la ciencia y de la técnica es casi exclusivamente obra de la creación del ario. [...] Él estableció los fundamentos y los pilares de todas las creaciones humanas; únicamente la forma exterior y el colorido dependen del carácter peculiar de cada pueblo. Fue el ario quien abasteció el formidable material de construcción y los proyectos para todo progreso humano. Sólo la ejecución de la obra es la que varía de acuerdo con las condiciones peculiares de las otras razas. (Hitler 2013, 183-184)

---

<sup>3</sup> Hitler nació el 20 de abril de 1889 en Braunau am Inn, pueblo cercano a Linz en la Alta Austria del entonces Imperio Austrohúngaro.

<sup>4</sup> Entre 1907 y 1913, donde en dos oportunidades intentó infructuosamente postularse como ingresante a la Academia de Bellas Artes.

La superioridad de la raza aria se basa en su capacidad de trabajo, su talento, su nivel cultural y por su predisposición para el sacrificio altruista en favor de los demás, es decir, su falta de egoísmo y su fuerte sentimiento nacional (Hitler 2013, 188). Esta perspectiva conduce a sostener la imperiosidad de evitar mezclas raciales; la mezcla de la raza superior con una inferior conduciría a la decadencia de la humanidad (Hitler 2013, 180). Por el contrario, mantener la raza aria en su pureza sería, dice Hitler, lo verdaderamente “humanitario” —pues evita que la humanidad se degrade— y además coincidiría “con la voluntad inexorable que domina el universo” (Hitler 2013, 238). Todo lo cual sirve como fundamento “teórico” para un severo control reproductivo de la población, fomentando la cuantiosa progenie de los más aptos e impidiendo la reproducción de los que lo son menos, ya sea mediante metodologías esterilizantes o eugenésicas.

La cuestión nacional-racista es, entonces, uno de los pilares de la antropología hitleriana. De ello se siguen otros dos puntos referidos específicamente a los “enemigos” de lo expuesto hasta aquí. Entre ellos se destacan los judíos y los comunistas, a los que Hitler entiende como íntimamente vinculados entre sí.<sup>5</sup>

Respecto a los primeros, dice el autor que en su juventud no había sentido ninguna simpatía para con el antisemitismo, al que interpretaba como una postura intolerante desde lo religioso. No obstante, comenzó a descubrir que la cuestión judía no es una cuestión religiosa sino racial<sup>6</sup>. Empezó a

---

<sup>5</sup> Simms (2021, 55ss) sostiene, de todas maneras, que “su antisemitismo inicial tenía un origen profundamente anticapitalista, más que anticomunista. Hablaba de las «danzas en torno al becerro de oro», del encumbramiento del dinero, el «poder del dinero», etcétera [...] Todavía entonces, dos años después de la Revolución rusa, no parece que tuviera nada que decir sobre el comunismo, el bolchevismo y la Unión Soviética. En otras palabras, Hitler se hizo enemigo de los judíos antes de declararse públicamente enemigo del bolchevismo ruso. [...] Más concretamente, la hostilidad hacia el capitalismo internacional, fuerza a la que se le atribuía la derrota de Alemania, dominaba el mensaje que Hitler había escuchado a los adoctrinadores del Reichswehr. De una forma u otra, en Alemania, y quizás en Europa más en general, al antisemitismo y el anticapitalismo —internacional— han sido históricamente inseparables. En el caso de Hitler, es prácticamente imposible hablar de lo uno sin hablar de lo otro”.

<sup>6</sup> “El judaísmo nunca fue una religión, sino un pueblo con características raciales bien definidas. Para progresar tuvo que recurrir bien temprano a un medio para distraer la sospecha que pesaba sobre sus congéneres” (Hitler 2013, 193). Esta opinión ya la habría

observar, narra, que eran los judíos los que estaban siempre involucrados en algunas nefastas y decadentes manifestaciones artísticas —arte de vanguardia, progresista—, en el negocio de la prostitución y la trata de blancas, en la prensa ideológicamente distante de visiones como las suyas, en la socialdemocracia... en definitiva, en todo lo no-alemán y en todas las cuestiones que a él le parecían “pervertidoras de nuestro pueblo” (Hitler 2013, 38-46). Es, además, una raza que por su intrínseca naturaleza se encuentra en las antípodas de ese altruismo sacrificado que caracterizaría al hombre ario, pues se caracteriza por la búsqueda del provecho personal (Hitler 2013, 189ss.).

Igualmente, como se ha dicho, el elemento judío, según Hitler, está intrínsecamente vinculado al marxismo que, en cuanto propuesta de corte internacionalista sería antinacionalista, y en cuanto igualitarismo sería contrario al “orden natural aristocrático” que Hitler defiende —en lo racial, en lo cultural y también en lo político—.

Su oposición al igualitarismo y a la diversidad, y su defensa de una “jerarquía natural” se traduce, desde el punto de vista político, en un rechazo explícito no sólo del marxismo (Hitler 2013, 280), sino también del federalismo, del sistema parlamentario y de la democracia. La democracia parlamentaria se halla viciada de las corrupciones propias de cierta casta política perezosa, ineficaz y ventajera, a la vez que, como sistema, estimula estas falencias al masificar la toma de decisiones, es decir, al despersonalizarlas y convertirlas en anónimas, conduciendo así a la ausencia de la responsabilidad individual y personal de sus funcionarios<sup>7</sup>. Como contrapartida, Hitler defiende la autocracia como sistema de gobierno, donde las decisiones, en última instancia, serán tomadas por *una* persona<sup>8</sup>.

---

forjado Hitler, según su propio testimonio, en su juventud cuando empezó a interesarse más propiamente por el tema (*cf.* Hitler 2013, 42ss.), aunque conviene tener reparos en darle crédito a esto, como veremos.

<sup>7</sup> “La democracia del mundo occidental es hoy la precursora del marxismo, el cual, de hecho, sería inconcebible sin ella” (Hitler 2013, 54).

<sup>8</sup> “En su organización, el Estado, desde los puestos más modestos hasta los más elevados de la colectividad, debe basarse en el principio de la personalidad individual. Deben desaparecer las decisiones por mayoría y sólo existir la personalidad responsable, adquiriendo la palabra «consejo» su antiguo significado. Bien es cierto que junto a cada hombre dirigente habrá consejeros que asesoren, sin embargo, la

Este líder único es quien ha de llevar la pesada carga de la responsabilidad, la cual siempre es personal (Hitler 2013, 216). Ahora bien, evidentemente, esta privilegiada carga no es para cualquiera. Deberá ser una persona extraordinaria, capaz y valiente, un gran organizador con habilidades psicológicas, un agitador con talento para mover los corazones y los actos de la muchedumbre, un hábil manipulador de masas y, para ello, un buen y carismático orador<sup>9</sup>. Un auténtico *Führer*, que ha de ser pasional y hombre de acción, más que un teórico intelectual, y cuya autoridad se sostiene sobre tres fundamentos: la popularidad, el poder —el uso de la fuerza— y la tradición —como algo posterior a lo que se llega con el paso del tiempo— (Hitler 2013, 323). Un *Führer* que, tal como la palabra indica, es verdaderamente capaz de *conducir* a su pueblo sin los obstáculos que proporciona el debate entre diversas posiciones, para lo cual necesita de parte del pueblo una completa obediencia (Hitler 2013, 285-286), homogeneidad, sacrificio de lo individual en pos de lo colectivo y carencia de pensamiento crítico a favor del pensamiento único e inalterable (Hitler 2013, 288). Será incluso necesario un fanatismo intolerante para con las posturas divergentes y, por lo tanto, con todo multipartidismo y/o coaliciones políticas.<sup>10</sup>

Para todo ello, claro está, resulta sumamente importante la ya mencionada manipulación psicológica a cargo de una oratoria y una propaganda eficaz, pero también un estricto control de la educación de los jóvenes y una cabal vigilancia de la prensa —a la que Hitler consideraba una “escuela para adultos”—.

Así puede resumirse, a grandes rasgos y brevemente, lo esencial del objetivo referido a la política interna, al “nuevo fundamento unitario ideológicamente consolidado” y los medios de implementarlo.

---

decisión definitiva corresponderá adoptarla a uno solo” (Hitler 2013, 280). Esta postura ha sido reforzada por algunos teóricos durante el III Reich, como es el caso de Carl Schmitt y sus reflexiones tras la “Noche de los cuchillos largos” (*cfr.* Schmitt 2001).

<sup>9</sup> Sobre el concepto del líder carismático véase el ya clásico análisis de Max Webber (2002, 193-204).

<sup>10</sup> “El futuro de un movimiento depende del fanatismo, y hasta de la intolerancia con que sus adeptos sostengan su causa como la única justa y la impongan frente a otros movimientos de índole semejante” (Hitler 2013, 219).

### III. Política exterior: expansión del “espacio vital”

El otro objetivo se refiere a la política exterior y habíamos señalado que se trataba del “suelo”, es decir, de la expansión de Alemania, no ya para recuperar las tierras perdidas luego de la derrota en la Primera Guerra Mundial, sino para ampliarse territorialmente más allá incluso de aquellos viejos límites. Ante el aumento de la población alemana, Hitler expone diversas soluciones posibles<sup>11</sup>, pero manifiesta su clara predilección por una de ellas: “la adquisición de nuevo territorio para acomodar en él los excedentes poblacionales, lo cual —a su criterio— encierra ventajas infinitamente mayores, especialmente si se toma en consideración el futuro y no el presente” (Hitler 2013, 90).

A esta cuestión Hitler dedica especialmente el capítulo XIV de la Segunda Parte, señalando que se trata de asegurarle al pueblo alemán “el suelo que en el mundo le corresponde”, sin importar el sacrificio con el que se ha de garantizar dicho objetivo<sup>12</sup>. Considera que para Alemania es imperioso llegar a ser potencia mundial a los fines de su propia

---

<sup>11</sup> A saber: la restricción artificial de la natalidad —si esta se diese de modo natural, quizás aún resultaría aceptable porque dejaría en pie a los más fuertes, pero hacerlo artificialmente podría suponer “salvar” a los débiles, defectuosos o enfermos, por lo que se rechaza esta posibilidad—; la colonización interior —intensificando cultivos y mejorando el rendimiento del suelo, lo cual sólo podría resultar útil hasta toparse con un límite infranqueable que impide el progreso indefinido—; la adquisición de nuevos territorios —“para colocar allí anualmente el superávit de millones de habitantes, y así mantener la Nación sobre la base de la propia subsistencia”—; finalmente, el crecimiento de la industria y comercio destinados al consumo extranjero (Hitler 2013, 86-89).

<sup>12</sup> “Y esta es la única acción que ante Dios y ante nuestra posteridad puede justificar un sacrificio de sangre; ante Dios, porque sobre la Tierra hemos sido puestos con la misión de luchar eternamente por nuestro sustento, siendo como somos criaturas que nada reciben del presente y que deben su posición de señores en el mundo exclusivamente al genio y al valor con que sabemos luchar por ello; y ante nuestra posteridad, porque no se verterá la sangre de un solo ciudadano sin que este sacrificio signifique dar vida a otros mil ciudadanos de la Alemania futura. Sólo el suelo en que algún día las generaciones de campesinos alemanes podrán engendrar hijos fuertes, justificará el sacrificio de los hijos de hoy; y a los estadistas responsables de ello, aunque sean incomprendidos y perseguidos por sus contemporáneos, la posteridad les absolverá de la culpa del derramamiento de sangre y del sacrificio del pueblo” (Hitler 2013, 405).

supervivencia. Incluso afirma que la derrota en la Gran Guerra se debió a no haber sido entonces más que una pseudopotencia, y que esto fue por la falta de una superficie territorial suficiente. Se trata, como es sabido, del célebre concepto de *Lebensraum* o “espacio vital” que se había gestado ya un siglo antes y que marcó la política exterior del nacionalsocialismo.

Respecto a este asunto se han de considerar dos cuestiones. La primera es que se deben asegurar los medios de subsistencia para la raza “estableciendo una relación natural, viable y sólida entre la densidad y el aumento de la población por un lado, y la extensión y la calidad del suelo en que se habita por otro” (Hitler 2013, 400). La segunda es el de la posición geográfica, teniendo en cuenta que debe permitir garantizar la seguridad de la nación. No tendría sentido, según Hitler, apuntar a territorios lejanos extracontinentales, sino que la ampliación del suelo alemán debería producirse dentro de Europa. Más específicamente, el *Lebensraum* ha de conquistarse en dirección hacia el Este: “si hubiese el deseo de adquirir territorios en Europa, tendría que darse de un modo general a costa de Rusia” (Hitler 2013, 91).

En 1925 Hitler escribe, pues, que no existe ninguna posibilidad de tejer alianzas con los rusos<sup>13</sup>. Por una parte, no tendría ninguna utilidad táctico-

---

<sup>13</sup> Se recordará que, sin embargo, Alemania y Rusia firmaron el pacto de no-agresión Ribbentrop-Molotov el 23 de agosto de 1939 —nueve días antes del comienzo de la guerra—, dividiéndose en dicha ocasión el territorio de Polonia (Kershaw 2018, 300; Simms 2021, 458). Este pacto internacional fue quebrantado por Hitler dos años después —22 de junio de 1941— con la “Operación Barbarroja” y la invasión de la Unión Soviética de parte de la *Wehrmacht* alemana (Kershaw 2018, 529). Simms (2021) indica que la invasión de Rusia de 1941 está, en el fondo, vinculada a su guerra contra los británicos: “Hitler seguía convencido de que una de las razones por las que Gran Bretaña seguía resistiendo era la perspectiva de una intervención rusa. Este fue el principal motivo dado en la directiva para lanzar la Operación Barbarroja, y Hitler lo repitió en varias ocasiones durante la primera mitad de 1941. Era «la esperanza de que Rusia y Estados Unidos» intervinieran lo que «hace seguir a Inglaterra», manifestó Hitler a los jefes de la *Wehrmacht* reunidos en el Berghof el 8 de enero de 1941. Por esta razón, era necesario «aplastar» la «última esperanza continental» de los británicos, es decir, «Rusia»” (535). A esto se suman dos objetivos más popularmente conocidos: “Hitler también veía la Operación Barbarroja como la solución a la escasez crónica de alimentos y materias primas en el Reich. [...] Reforzado con los inmensos recursos naturales de la Unión Soviética, esperaba, Alemania podría disuadir a Estados Unidos

militar: en caso de conflicto con países de occidente, un aliado del lado oriental implicaría que la guerra habría de librarse necesariamente en suelo alemán. Pero, además, estando Rusia bajo el gobierno comunista, no tiene sentido aliarse con adversarios ideológicos. Muy por el contrario, considera que hay “señales” históricas que confirman que se debe llevar a cabo el *Generalplan Ost*, el Plan General del Este: Rusia estaría en condiciones de caer justamente por estar bajo el gobierno del decadente comunismo judío; su debilitamiento interno es ocasión propicia para derrotarla sin mayores inconvenientes (Hitler 2013, 407).

Mediante esta ampliación del *Lebensraum* lograría el nacionalsocialismo recobrar la grandeza de Alemania y subsanar las heridas y humillaciones sufridas con la derrota de la Gran Guerra y los duros términos del Tratado de Versalles. El medio para alcanzar este objetivo no puede ser otro que la conquista. Y esta no puede producirse apelando a alguna suerte de “derecho natural”, sino mediante la fuerza. Lo “natural” —y, si se quiere, hasta lo “sobrenatural”, en cierto sentido— es la necesidad del *espacio vital*, pero no el modo de obtenerlo. O mejor: ante la ausencia de un derecho a determinado espacio vital naturalmente necesario, la lucha y la imposición del poder es el modo “natural” de alcanzarlo.

Pues ningún pueblo sobre la Tierra posee ni un solo metro cuadrado de territorio en virtud de una voluntad divina o de un derecho divino. [...] Las fronteras de los Estados las crean los hombres y son ellos mismos los que las modifican. El hecho de que un pueblo logre apropiarse de una enorme extensión territorial no significa que adquiera con ello un derecho de posesión perpetua. A lo sumo, pone en evidencia la fuerza de los conquistadores y la impotencia de los conquistados. Y sólo en esta fuerza reside el

---

de entrar en la guerra o, al menos, frenar a Angloamérica en caso de que sí lo hiciera. Por último, Barbarroja permitiría a Hitler alcanzar su objetivo de medio-largo plazo de conseguir el *Lebensraum* —«espacio vital»— para el pueblo alemán, tan desesperadamente necesario desde su punto de vista. [...] Barbarroja, en resumen, era la panacea para todos y cada uno de los principales males de Hitler. Resolvería todos sus problemas de un solo y liberador golpe. En todo esto, el antibolchevismo y el temor a la Unión Soviética en sí, aunque importantes, eran consideraciones de segundo orden” (536).

derecho de posesión. [...] Porque no ha sido ningún poder superior el que ha adjudicado más suelo a otras naciones que a la alemana. Nuestros antepasados no recibieron como don del Cielo el suelo sobre el que vivimos, sino que lo ganaron arriesgando sus vidas. Tampoco será por gracia de Dios que nuestro pueblo obtenga en el futuro más espacio vital y con él la seguridad de su subsistencia, sino que será únicamente por obra de una espada victoriosa. (Hitler 2013, 406)<sup>14</sup>

Estas son, en resumen, las propuestas que Hitler escribió en 1925 y 1926, y son también las que procuró llevar a cabo a partir de su llegada al poder en 1933.

---

<sup>14</sup> Rauschnig (1946, 44-48) sostiene que incluso se ha conversado sobre la posibilidad de extender el Reich hasta América, con particular interés por Brasil y Argentina, pero barajando también la posibilidad de México. Joachim Fest, que toma en cuenta el libro de Rauschnig como fuente, se hace eco de esta perspectiva. En su célebre biografía señala que el nacionalsocialismo se presentó como una alternativa para evitar dos potenciales movimientos que serían destructivos para Europa: el capitalismo liberal angloamericano y el bolchevismo internacionalista: “Esta tercera posición buscada por Hitler debía abarcar, indiscutiblemente, a todo el Continente pero poseer en Alemania su núcleo de energía: la misión actual de Reich consistía en estimular a la Europa cansada y aprovecharla como depósito de fuerzas para el dominio alemán del mundo. Hitler pretendía recuperar la omitida fase imperialista del desarrollo alemán obteniendo el máximo premio posible como un rezagado de la historia: el predominio asegurado sobre Europa mediante la gigantesca expansión de fuerza en el Este, y mediante Europa sobre todo el mundo. [...] considerando que él siempre pensaba en alternativas tajantes, vio que Alemania estaba condenada a crear un imperio mundial, o bien a «finalizar su existencia...»” (Fest, Conclusiones). Por su parte, en su mucho más reciente libro, Simms (2021, 31-32) —que deliberadamente desestima a Rauschnig como fuente, pero, no obstante, es respetuoso para con la obra de Fest— sostiene, como se ha dicho, que la concepción del *Lebensraum* fue cambiando en la mente de Hitler con el paso del tiempo y la alteración de las circunstancias. El concepto —en su versión nacionalsocialista— habría empezado a tomar forma tras el fracaso del golpe de estado de Múnich —coincidiendo con la redacción de *Mein Kampf*— y estaría limitado a proporcionar a Alemania la ampliación territorial que él creía necesaria para sobrevivir en un mundo de potencias mundiales. Pero Hitler se habría planteado la cuestión de la dominación global a partir de la lógica de la guerra, conduciéndolo a una “desaforada lucha por el Lebensraum y la destrucción de la judería europea. Cuando las potencias «anglosajonas» se unieron en su contra, Hitler quedó convencido de que solo una política verdaderamente global podría proteger al Reich frente a todos sus enemigos”.

#### IV. Antecedentes y particularidades

Llegados a este punto surge a veces el interrogante sobre el carácter extraordinario, novedoso o incluso “alocado” de esta propuesta ideológica. Respecto a ello es conveniente tener presente que la ideología de Hitler y del nacionalsocialismo no es algo que haya surgido “de la nada”, sino que bebe de múltiples fuentes que se encontraban presentes en ciertos sectores de la cultura germánica de aquel entonces.

Si de algo carece la ideología nazi es de originalidad. El culto de impronta antirracionalista-mística para con un pasado ario idealizado proviene ya de las últimas décadas del siglo XIX; los principios racistas y los estereotipos antisemitas tienen su fuente en la tradición alemana *völkisch*; el antisemitismo centrado en la idea de la amenaza de una dominación judía mundial ya estaba presente desde el 1800. El darwinismo social, a su vez, fue promocionado en Alemania por diversos naturalistas<sup>15</sup>. Sobre la historia del concepto de *Lebensraum* también puede rastrearse su origen a mitades del siglo XIX, como hemos dicho<sup>16</sup>. Hasta el mismo nombre del partido nazi carece de originalidad: el término “nacional-socialista” fue utilizado en Bohemia antes de la Primera Guerra y el Partido de los Trabajadores Alemanes de los Sudetes pasó a denominarse Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes en 1918.

En resumen, resulta evidente que los diversos elementos de la ideología nazi en modo alguno fueron una ocurrencia original ni de Hitler ni de sus tempranos correligionarios. No fue, ciertamente, algo que haya brotado *ex nihilo*, sino que bebe sus fuentes en una atmósfera cultural en la que muchas de estas ideas se encontraban ya presentes. Acaso la particular “originalidad” de Hitler estribe en que supo aprovechar las circunstancias propicias y tuvo los rasgos personales y el “talento” para unificar y dar curso a todas estas ideas, transformándolas en prácticas políticas efectivas. Lo que es especial en Hitler y en el nacionalsocialismo es la capacidad no sólo de hacer una

---

<sup>15</sup> Para un análisis algo más detallado de estas influencias *cfr.* “La ideología nazi y sus raíces” (Fraenkel 2004).

<sup>16</sup> Para un visado más detallado de la historia del concepto de *Lebensraum* *cfr.* “Lebensraum and its discontents” (Klinke y Bassin 2018) y “On the genealogy of Lebensraum” (Abrahamsson 2013).

síntesis de todas esas ideas heredadas, sino también la convicción y determinación de convertirlas en realidad y llevarlas a la práctica en el ámbito geopolítico, con fracasos iniciales —en el *Putsch* de Múnich de 1923—, mayor astucia estratégica posterior, relativos éxitos temporales —tanto en la política interna como exterior— y también con el definitivo fracaso final.

## V. Filosofía de fondo, coherencias y contradicciones

La segunda cuestión que se plantea y que es nuestro primordial interés en estas páginas, es la referida al fondo filosófico de la propuesta ideológica hitleriana. En primer lugar, cabe preguntarse si, de hecho, hay una elaborada filosofía en la base del planteo. Hemos dicho ya que, de parte de Hitler mismo, no parece encontrarse semejante elaboración. Su síntesis no se distingue ni por su profundidad ni por su rigor. No obstante, no toda filosofía fundamental es compatible con lo que él propone. Como diría Lévinas (2001): “La filosofía de Hitler es primaria [...] es un despertar de sentimientos elementales”; pero de ello no se sigue que deje de ser filosóficamente interesante y relevante, “pues los sentimientos elementales encierran una filosofía. Expresan la actitud primera de un alma ante el conjunto de lo real y frente a su propio destino”.

Esto impone la tarea de reflexionar cuáles son las tesis filosóficas generales que sí pueden estar vinculadas esencialmente con la ideología del nacionalsocialismo. ¿Qué visión de la realidad predomina en ella? ¿Qué mirada tiene sobre el hombre, sobre el tema de la verdad y el conocimiento, sobre el bien y la afectividad, sobre lo universal y lo particular, sobre el cambio y la permanencia...? Se trata de interrogantes a los que Hitler, al menos de modo elaborado y sistemático, no parece haber respondido. La intención de estas páginas no es intuir qué es lo que Hitler hubiese dicho ante estos interrogantes, sino cuáles son las respuestas que sustentan lo que Hitler sí llegó a decir al formular su ideología.

Al emprender esta tarea proponemos la hipótesis de que encontraremos tesis filosóficas que están relacionadas entre sí con cierta coherencia, pero a la vez encontraremos también no pocas contradicciones. Y estas contradicciones, en varios casos, no están en desacuerdo con sus

coherencias. Presentaremos estas coherentes contradicciones en títulos con tono igualmente paradójico y ensayaremos una breve explicación de las mismas.

### *V.1. Realismo nihilista y pacifismo belicista*

Una de las cuestiones nucleares de la *Weltanschauung* que en filosofía suele ser divisora de aguas —motivo por el cual nos parece oportuno comenzar por aquí— es la pregunta sobre la existencia del sentido de la realidad en sí misma considerada.

Es propio del *realismo* filosófico clásico —que por eso así se llama— afirmar que la realidad tiene un sentido objetivo, que lo real es portador de un *lógos* intrínseco, de una *veritas rerum*, y que el ser humano es capaz, al menos parcialmente, de conocerla. Por ello es habitual encontrar en los filósofos realistas la afirmación de un “orden natural”: la naturaleza —tanto en su conjunto, como en el caso de cada ente particular, es decir, de *su naturaleza* individual, en su modo de ser propio, su esencia, etc.— no es algo caótico, sino algo ordenado, inteligible, lleno de contenido. Desde esta perspectiva, lo “bueno” consiste en el respeto y la fidelidad a esa naturaleza. En el ente particular esto significa que se ha de desarrollar en la línea de su propia esencia. En lo vincular, implica el respeto por la esencia del otro, y en la mirada general significa el respeto por la armonía ya presente en las leyes que rigen las relaciones entre los particulares. En dicha postura, por tanto, no hay dicotomía entre lo múltiple y lo uno: al ser fiel a sí mismo, cada particular aporta al otro y a la diversidad que enriquece lo general, y al respetar el orden general —incluyendo la naturaleza de cada de sus miembros— cada particular contribuye a la armonía del todo, al propio crecimiento individual y al de los demás. Esta propuesta incluye una visión positiva de los límites, que ontológicamente son los que hacen posible las identidades particulares y, en lo práctico, orientan el obrar en consonancia con las exigencias de ese orden natural. Todo lo cual además implica, como actitud intelectual y afectiva, una subordinación obediente para con lo dado, a ese orden que no es producto del sujeto, sino que más bien lo trasciende y es recibido, previo.

En cambio, la negación de un sentido objetivo de lo real es más propia del *nihilismo* filosófico, que recibe su nombre de la idea de que la realidad

en sí misma es “nada” —*nihil*—, es decir, algo vacío, carente de contenido, absurdo. Por tanto, no hay ningún *lógos* en las cosas que el ser humano pudiese llegar a conocer, de modo que la relación con lo real no ha de ser la de subordinación, fidelidad, respeto y obediencia, sino la de mera resignación pesimista —lo que Nietzsche denominó “nihilismo pasivo” y que él identificaba con Schopenhauer— o la de transformación creadora —“nihilismo activo”—, transmutación, voluntad de dominio.

¿En cuál de las dos posturas hemos de ubicar a Hitler? Pues bien, en él encontramos no pocas referencias a una especie de “orden natural” que debe respetarse, especialmente en oposición a propuestas aprioristas de tinte racionalista-deductivo que serían meramente un producto de la “fantasiosa elaboración de intelectuales”<sup>17</sup>. Frecuentemente menciona que la base e inspiración de su modo de ver las cosas es la Naturaleza misma, maestra y legisladora suprema, inalterable en sus leyes y designios. Sin embargo, la actitud de Hitler y la propuesta de su ideología no es, mayormente, la de subordinación a algo dado, ni la del respeto por lo particular, por lo distinto y por los límites, sino que predomina en él la voluntad de dominio, de transformación y de destrucción.

Podría señalarse aquí una primera contradicción de fondo. No obstante, esta se explica a su vez por una suerte de particular coherencia: el “orden”, el *lógos* que Hitler encuentra en la Naturaleza de las cosas, la ley fundamental que ella impone, no es el de una “armonía entre los diversos seres” sino el de una incesante “lucha” entre ellos que se dirime por el poder del más fuerte. Se trata de un “orden” que no consiste, como podría pensarse, en que cada cosa esté en su lugar favoreciendo así a sí misma, a los demás y al todo, sino un “orden” en el que cada cosa tiende a conservarse (¿defenderse?) y expandirse por medio de la conquista del lugar del otro y/o por medio de su aniquilación, teniendo el derecho y hasta el deber de hacerlo

---

<sup>17</sup> “[...] su lastre intelectual estará encadenado no al orden natural de la vida, sino al orden de sucesión de los libros que leyó y por la manera en que amontonó su contenido en la mente. Cuando las exigencias de la vida diaria le reclaman el uso práctico de lo que en otro tiempo aprendió, entonces mencionará los libros y el número de las páginas y, pobre infeliz, nunca encontrará exactamente lo que busca. Entonces, en las horas críticas, esos «sabios» se verán en la dolorosa contingencia de buscar compulsivamente casos análogos para aplicar a las circunstancias de la vida, terminando por descubrir naturalmente sólo remedios falsos” (Hitler 2013, 29).

si su voluntad y su fuerza se lo permiten. Es la ley de “la natural lucha por la vida —que sólo deja en pie al más fuerte y al más sano—” (Hitler 2013, 86).

Esto fundamenta y se aplica a los diversos puntos de su ideología. A la cuestión territorial, a la cuestión racial, a la cuestión política... (*cfr.* Hitler 2013, 86, 88, 180 ss., 219, 249, entre muchas). Una doctrina que negase ese derecho a la lucha y al triunfo del más poderoso es, por tanto, negadora y destructora de lo que exige la naturaleza misma de lo real.

La doctrina judía del marxismo rechaza el principio aristocrático de la Naturaleza, colocando, en lugar del privilegio eterno de la fuerza y el vigor del individuo, a la masa numérica y su peso muerto. Niega así en el hombre el mérito individual, e impugna la importancia del Nacionalismo y de la Raza, quitándole con esto a la Humanidad la base de su existencia y su cultura. Esa doctrina, como fundamento del Universo, conduciría fatalmente al fin de todo orden natural concebible. Y así como el resultado de la aplicación de una ley semejante en el más grande organismo conocido como es la Tierra sólo podría provocar el caos, también significaría el hundimiento de sus propios habitantes.

Si el judío, con la ayuda de su credo marxista, llegase a conquistar los pueblos del mundo, su corona sería la corona fúnebre de la Humanidad, y nuestro planeta, sin rastro de vida humana, volvería a vagar en el éter como hace millones de años.

La Naturaleza eterna venga inexorablemente la transgresión de sus preceptos. Por eso creo ahora actuar conforme a la voluntad del todopoderoso: al defenderme del judío, lucho por la obra del Supremo Creador. (Hitler 2013, 46)<sup>18</sup>

---

<sup>18</sup> Sobre los motivos últimos del antisemitismo de Hitler hay infinidad de teorías. Más allá de eso, es también tema de debate el momento en que Hitler abraza el antisemitismo. Una foto certificaría que Hitler asistió al funeral de Kurt Eisner, político de izquierda y periodista bávaro de origen judío fallecido en Múnich en febrero de 1919, por quien Hitler habría tenido un gran respeto y con quien puede que haya simpatizado. A la vez, la denominada “Carta de Gemlich”, fechada el 16 de septiembre de 1919, en la que un joven soldado Adolf Hitler escribe a Adolf Gemlich —miembro del *Aufklärungskommando*, la oficina de inteligencia militar de Múnich— sobre la

De la misma manera son contrarias a la Naturaleza las ideas basadas en principios éticos de tipo humanitario —entiéndase especialmente, junto con el igualitarismo, la compasión por el más débil— y pacifista<sup>19</sup>. La ley es la lucha, la lucha es lo natural<sup>20</sup>. Se trata de un orden cuya ley de fondo es desordenar, imponerse mediante la fuerza del superior, dominar. Por lo tanto, el caos, paradójicamente, ocupa un rol a favor de ese (des)orden.<sup>21</sup> Es ley de ese “orden” el tener que crear “órdenes nuevos”, y para ello habrá que pasar por alto —o mejor, pasar por encima de— los viejos valores. Tal como cita Rauschning atribuyéndole a Hitler: “todo desorden es creador” (Rauschning 1946, 38). Aquí no hay lugar para la *paz* entendida como *tranquillitas ordinis*, sino que es el mismo orden el que impone la lucha y niega la paz. O, en todo caso, la paz ha de entenderse como resultado de la lucha originaria y de la victoria del más fuerte. Se trata de una suerte de “pacifismo

---

cuestión judía sí tiene un tono marcadamente antisemita con pretendidas justificaciones racionales. Esto da pie a considerar que Hitler se convirtió en un convencido antisemita no antes ni después de ese año, es decir, que no estaría siendo honesto respecto a este punto en su autobiografía (Simms 2021, 54ss).

<sup>19</sup> “En el momento en que los pueblos de este planeta luchan por su existencia, esto es, cuando se les hace inminente el problema decisivo de ser o no ser, quedan reducidas a la nada las consideraciones humanitarias o estéticas. Pues todas estas ideas no surgen de la nada, sino que son propias de la fantasía del hombre y están vinculadas a él. Con su marcha de este mundo, desaparecen también esas ideas, pues la Naturaleza las desconoce” (Hitler 2013, 115).

<sup>20</sup> “Eso quiere decir, que el hombre no debe nunca caer en el error de creer que surgió para ser el señor de la Naturaleza —concepción que esta educación a medias facilita—, sino por el contrario, debe comprender la verdad fundamental del poder de la Naturaleza y también que su propia existencia es dependiente de las leyes de la eterna lucha natural” (Hitler 2013, 156). “Como en todo, la naturaleza es el mejor de los pedagogos, incluso en lo que concierne a la selección. Nadie sabría imaginar, por parte de la naturaleza, una actividad más feliz que la que consiste en determinar el crecimiento de los seres a la merced de una lucha perpetua” (Hitler 2011, Tomo II, 52).

<sup>21</sup> Con esa lógica, Hitler también justifica el intento de golpe de Estado de 1923: “Era deber del mismo no rendir culto a la estupidez de la «paz y el orden» en un momento en que el enemigo exterior asestaba el golpe más terrible sobre nuestra Patria, mientras en el seno del país acechaba la traición en cada esquina. No, un Gobierno auténticamente nacional tenía que desear el desorden y la intranquilidad, de modo que en medio de ese caos fuera posible realizar un ajuste de cuentas con los enemigos mortales de nuestro pueblo: los marxistas” (2013, 422).

belicista” que en algunas oportunidades aparece en los discursos del *Führer*<sup>22</sup>.

Si lo natural, entonces, es la lucha y la voluntad de poder, la realidad no se caracteriza por la armonía sino por el conflicto, el cual no va en desmedro ni es contrario al orden, sino que es un elemento esencial del mismo. Si el *lógos* universal consiste en el conflicto y la supremacía del más fuerte, entonces el débil está destinado a perecer y la violencia queda frecuentemente justificada —racionalizada—. Desde esta perspectiva no hay lugar para hablar de la consistencia de lo particular y, por lo tanto, no tiene sentido promover el respeto por lo propio de cada cual. Lo particular está destinado a la desaparición en virtud de esa ley dialéctica que lo sacrifica en el altar de la historia bajo la espada del más poderoso. Claro está que, coherentemente con ello, se tienda a anular la multiplicidad, la diferencia. El “enriquecimiento” no se da gracias a la diversidad de los particulares y en el encuentro entre ellos, sino a expensas de los mismos. No hay, propiamente hablando, lugar para la armonía, sino tendencia a la uniformidad monotónica que es impuesta por el poder, por el más fuerte, en quien se da el cumplimiento de esa “ley natural”, de ese “principio aristocrático de la Naturaleza”.

El nazismo ha dado suficientes muestras de la puesta en práctica de estas ideas, y lo ha hecho tanto en sus victorias como en su final derrota.

## *V.2. Personalismo despersonalizante*

El mencionado trasfondo “ontológico” del hitlerismo se traduce también en la visión que Hitler tiene del hombre. Por un lado, como ya se ha indicado, hay una intención de rescatar la toma de decisiones individuales y de valorar la responsabilidad como consecuencia de ello. Es decir, parece haber un rescate de lo *personal*. Este es justamente el argumento contra el

---

<sup>22</sup> *Cfr.* su discurso del 10 de febrero de 1933 en el Palacio de los Deportes de Berlín. *Cfr.* también su discurso del 14 de septiembre de 1936 en ocasión del Día del Partido celebrado en Núremberg y el del 24 de febrero 1937, XVII aniversario del alzamiento en Múnich. “Tal vez el concepto pacifista-humanitario llegue a ser de hecho aceptable cuando el hombre superior previamente haya conquistado y sometido el mundo en toda su extensión, hasta el punto de volverse el señor exclusivo de esta Tierra” (Hitler 2013, 182, *cfr.* también 189).

parlamentarismo y a favor de la autocracia y también la base de su oposición al bolchevismo marxista<sup>23</sup>. El gobierno debe contar —o, en última instancia, debe consistir en— un líder único, genial, heroico, *personal* y por tanto *responsable*, y no en la opinión mayoritaria (Hitler 2013, 56-57, 62, 216). Pero esta suerte de “personalismo” viene acompañado de la tendencia explícita e intencional a la conformidad y a la masificación despersonalizante. Hitler nada tiene contra el hombre-masa que se subsume en la colectividad, se sacrifica por ella y obedece ciegamente y sin pensar. Muy por el contrario, lo necesita para ejercer el poder de modo eficaz.<sup>24</sup>

El *leitmotiv* de fondo sigue siendo la “ley de la lucha” mencionada anteriormente. Los “fuertes” —los superiores, en definitiva, los miembros de la raza aria— tienen el derecho y el deber, gracias a aquella “lógica natural”, de imponerse por sobre los demás. Para poder imponerse, dentro de la misma raza superior ha de mandar uno, el *Führer* responsable. Pero, para eso, los demás deben obedecer fanáticamente y no ser “espiritualmente independientes”<sup>25</sup> ni gente pensante con criterio propio que pretenda ver las cosas con objetividad, sino gente emocionalmente manipulable. Deben ser unos “fuertes” en cierto sentido “debilitados”, digamos así, para que el líder pueda mandar con fuerza sobre ellos<sup>26</sup>. Y, a la vez, el líder debe mandar con

---

<sup>23</sup> “Lo que más me preocupó en la cuestión del parlamentarismo fue la notoria falta de responsabilidad de cada individuo. Por funestas que pudieran ser las consecuencias de una ley sancionada por el Parlamento, nadie llevaba la responsabilidad ni era posible exigirle cuentas a nadie. [...] ¿Podrá acaso hacerse responsable alguna vez a una vacilante mayoría de personas? ¿Es que no está ligada la idea de responsabilidad a cada persona? ¿Puede prácticamente hacerse responsable al dirigente de un gobierno por hechos cuya gestión y ejecución obedecen exclusivamente a la voluntad y al arbitrio de una pluralidad de individuos?” (Hitler 2013, 55).

<sup>24</sup> Entre muchos autores, este tema fue estudiado por Arendt (1998, especialmente capítulos X y XI de la Tercera Parte; 1995, 109 ss.) y Fromm (2004b, 183-201)

<sup>25</sup> “Jamás comprendieron que la potencialidad de un partido político no reside en la posible mayor inteligencia de cada uno de sus miembros, sino más bien en la obediencia disciplinada y en la lealtad con que ellos se subordinan a sus dirigentes. El factor decisivo es el propio liderazgo” (Hitler 2013, 286).

<sup>26</sup> *Cfr.* Hitler 2013, 212, 285. Una de las implicancias prácticas de esa propuesta es la realizar los encuentros de masa en horarios en los que sus miembros estuviesen más permeables desde el punto de vista emocional y menos críticos desde el punto de vista intelectual: “Por la mañana, e incluso durante el día, la fuerza de voluntad de las

fuerza para “debilitarlos” y lograr que obedezcan ciegamente, en lugar de que tiendan a una libertad inútil y desestabilizadora de la cohesión social.

La psique de las multitudes no es sensible a lo débil ni a lo mediocre. De la misma forma que las mujeres, cuya emotividad obedece menos a razones de orden abstracto que al ansia instintiva e indefinible hacia una fuerza que las reintegre —y de ahí que prefieran someterse al fuerte antes que seguir al débil—, igualmente la masa se inclina más fácilmente ante el que domina que ante el que implora, sintiéndose interiormente más satisfecha con una doctrina intransigente que no admita dudas, que con la concesión del libertinaje. La masa no sabe qué hacer con la libertad, sintiéndose incluso ligeramente abandonada. El descaro del terrorismo intelectual que se le impone le pasa desapercibido, al igual que los indignantes atentados contra su libertad. No se percibe de ninguna manera de los errores intrínsecos de ese adoctrinamiento. Ve tan sólo la fuerza incontrarrestable y la brutalidad de sus consecuentes manifestaciones externas ante las que siempre se inclina. (Hitler 2013, 33)

De esta manera, se combinan aquella primacía del individuo —que decide personalmente y se hace cargo de ello— y el colectivismo en una antinomia que resulta de alguna manera posible porque lo propiamente existente, y por tanto lo verdaderamente importante, no es el sujeto individual —de ahí su oposición al “individualismo judío”— sino el todo

---

personas parece resistir mejor, con más energía, contra la tentativa de imponerles una voluntad o un criterio extraño. Por la noche, por el contrario, se dejan vencer más fácilmente por la fuerza dominadora de una voluntad fuerte. En realidad, en cada una de esas reuniones hay una lucha de dos fuerzas opuestas. Pues el sobresaliente arte oratorio de una naturaleza dominante se verificará más fácilmente en la conquista de nuevos adeptos que ya hayan experimentado de manera natural un debilitamiento de su poder de resistencia, que sobre aquellos que todavía estén en plena posesión de sus energías intelectuales y volitivas” (Hitler 2013, 296-297). El mismo efecto psicológico se busca también con la elección del lugar y la puesta escenográfica. “En cualquier caso, significa una disminución del libre albedrío del hombre” confiesa Hitler sin reparos (297).

colectivo, que necesita del líder individual para poder tener consistencia y eficacia (*cf.* Hitler 2013, 276).

Se puede señalar, llegados a este punto, que hay una contradicción antropológica entre ese “personalismo” aplicado al líder y la despersonalización de sus subordinados, dado que parece reconocer una “dignidad personal” sólo en algunos individuos —de hecho, a *uno*— a la vez que se la niega en los demás. Pero en esta contradicción, podemos a su vez encontrar algunas simultáneas coherencias.

En primer lugar, una coherencia funcional: el “personalismo” que encontramos en el *Führerprinzip* autocrático exige, para que se pueda ejercer el poder, la despersonalización de los subordinados, convertidos en masa uniforme y manipulable. Desde esta perspectiva, el culto a la persona —a *esa* persona, que es el *Führer*— y la despersonalización, se encuentran dentro de una misma lógica operativa.

En segundo lugar, debemos tomar nota —una vez más— de que el fundamento de esa “dignidad personal” *sui generis* del *Führer* no radica en el hecho de *ser persona* él, sino en la capacidad de *ser la persona líder*, es decir, de ser aquel que ejerce el poder —una vez más, en concordancia con una ontologización de la “ley del más fuerte”—. No es que el hombre, por ser consciente y libre, sea persona, y por tanto portador de una unicidad y dignidad, sino que es el *Führer*, por ejercer el poder, a quien se le ha de atribuir esa dignidad y unicidad, y por lo tanto ha de ser libre —tomar las decisiones— y responsable.

Por último, hay que señalar que aún *esa* persona, que es merecedora de fanático culto y acrítico seguimiento, está también ella sometida a cierta despersonalización, pues, en última instancia, su valor no radica en ella misma, sino en ser manifestación e instrumento de una fuerza que la trasciende, la atraviesa y opera haciendo uso de ella. La “Providencia”, el “Destino”, el “Dios Supremo”, la “Historia”, son conceptos a los que Hitler alude para referirse a una Fuerza Superior al hombre —incluso a *ese* hombre que es él, como líder máximo de la raza superior— que actúa en él y lo hace cumplir el designio de la “ley natural”<sup>27</sup>.

---

<sup>27</sup> Esta idea, frecuente en los discursos de Hitler, se potenció aún más con la “fortuna” que tuvo en los diversos atentados contra su vida, especialmente el del 20 de julio de 1944 (Kershaw 2018, 902 ss.; Simms 2021, 674). El 30 de enero de 1945, a doce años

Aquí cabría interrogarse si no nos encontramos entonces ante una nueva contradicción. ¿El jefe supremo no es, a la postre, más que un instrumento? ¿Él, que carga con el peso de la responsabilidad personal más grande, no es otra cosa que una herramienta de Algo que obra en él? ¿El líder-guía más poderoso es, en última instancia, un utensilio guiado por un Poder que hace uso de él? Si lo que importa es lo *genérico*, lo *universal* —la raza, la nación—, lo *colectivo* —en pos de lo cual ha de sacrificarse al individuo—, si prima lo uno sobre lo múltiple —y por eso debe promoverse un pensamiento único, sin disidencias, criterio propio ni libre albedrío individual—, entonces también el líder no es más que una pieza del mecanismo de eso *Uno* a favor de lo cual opera y por el cual está destinado a sacrificarse, siguiendo el designio de un *Destino* que todo lo gobierna y todo lo engulle.

Además de esta “coherencia filosófica” —y en relación con ella— encontramos aquí también una lógica interna de orden psicológico. Siguiendo los análisis que realizaba Erich Fromm ya en 1941 —cuatro años antes de la muerte del *Führer*— una de las características del perfil psicológico de Hitler era su *sadomasoquismo*, elemento propio de la estructura de “carácter autoritario”, según el psicólogo social alemán<sup>28</sup>. El carácter sádico, explica Fromm, se dirige al sometimiento de los otros

---

de su llegada al poder y en lo que sería su último discurso público —emitido, en este caso, por radio— manifestaba: “Mi vida hoy está determinada con igual exclusividad por los deberes que me incumben. Combinados, no son más que uno: trabajar por mi pueblo y luchar por él. Sólo puede liberarme de este deber aquel que me llamó a él. Estaba en manos de la Providencia apagarme con la bomba que explotó a sólo un metro y medio de mí el 20 de julio, y así terminar la obra de mi vida. El hecho de que el Todopoderoso me protegiera aquel día lo considero una nueva confirmación de la misión que me ha sido confiada”.

<sup>28</sup> El autoritarismo, según el autor, es uno de los mecanismos de evasión de la libertad y consiste en “la tendencia a abandonar la independencia del yo individual propio, para fundirse con algo, o alguien, exterior a uno mismo, a fin de adquirir la fuerza de que el yo individual carece; o, con otras palabras, la tendencia a buscar nuevos «vínculos secundarios» como sustitutos de los primarios que se han perdido. Las formas más nítidas de este mecanismo pueden observarse en la tendencia compulsiva hacia la sumisión y la dominación o, con mayor precisión, en los impulsos sádicos y masoquistas tal como existen en distinto grado en la persona normal y en la neurótica respectivamente” (Fromm 2004b, 146).

mediante el ejercicio del poder que reduce a estos en meros instrumentos; los explota, los oprime—incluso “incorpora” en la propia persona lo que hubiere de asimilable en ellos, como cualidades intelectuales o emocionales— y puede incluir el deseo de hacerles o verlos sufrir, ya sea física o psíquicamente (Fromm 2004b, 148). El sadismo consiste, en definitiva, en un “impulso dirigido al ejercicio de un poder ilimitado sobre otra persona, y teñido de destructividad en grado más o menos intenso” (Fromm 2004b, 215). Las tendencias masoquistas, por su parte, están constituidas por sentimientos de inferioridad, impotencia e insignificancia individual, de lo que se sigue la tendencia a someterse y depender marcadamente de poderes externos—personas, instituciones o la misma naturaleza—; en casos extremos puede generar el impulso de castigarse y/o infligirse sufrimiento (Fromm 2004b, 148-149). En resumen, se trata de un “impulso dirigido a la disolución del propio yo en un poder omnipotente, para participar así de su gloria” (Fromm 2004b, 215)<sup>29</sup>.

Ambas tendencias parecen contrarias, y lo son desde el punto de vista práctico, ya que una ejerce el poder y somete, mientras que la otra es sometida; en una tiene lugar el deseo de dominar o infligir sufrimiento, en la otra el de ser dependiente o de sufrir. Pero, a pesar de esta contrariedad práctica, poseen un fondo psíquico común que Fromm subraya: “Tanto las tendencias masoquistas como las sádicas son debidas a la incapacidad del individuo aislado de sostenerse por sí solo, así como a su necesidad de una relación simbiótica destinada a superar esta soledad” (2004b, 215, *cfr.* 160-163).

Fromm señala que la personalidad de Hitler, sus enseñanzas y el sistema nazi son una preclara muestra de una forma extrema del carácter autoritario y de tendencias impulsivas sádicas y masoquistas. En cuanto a su sadismo,

---

<sup>29</sup> “Entrega su propio yo y renuncia a toda la fuerza y orgullo de su personalidad; pierde su integridad como individuo y se despoja de la libertad; pero gana una seguridad que no tenía y el orgullo de participar en el poder en el que se ha sumergido. También se asegura contra las torturas de la duda. La persona masoquista, tanto cuando se somete a una autoridad exterior como en el caso en que su amo sea una autoridad que se ha incorporado el yo, en forma de conciencia o de alguna compulsión psíquica, se salva de la necesidad de tomar decisiones, de asumir la responsabilidad final por el destino del yo y, por lo tanto, de la duda que acompaña a la decisión. También se ve aliviado de la duda acerca del sentido de su vida o de quién es *él*” (Fromm 2004b, 158).

tanto su relación con las masas —“a quienes desprecia y «ama» según la manera típicamente sádica”— como con sus subordinados y sus enemigos, bastaría remitirse a los hechos históricos, no hace falta ahondar en ello. Sobre el elemento masoquista de la ideología hitlerista-nazi, es evidente que fue inculcada a las masas mismas insistiendo en la necesidad de someterse a un poder superior y en la insignificancia del individuo particular, destinado a sacrificarse por el movimiento, la nación, la raza... Pero también la nación, el partido mismo y hasta su *Führer* están a su vez sometidos a poderes ante los cuales deben rendirse: Dios, la Providencia, el Destino, la Naturaleza (Fromm 2004b, 227).

Si el núcleo del carácter autoritario y de su sadomasoquismo consiste, como se ha citado, en la incapacidad de hacerse cargo de la propia individualidad, en la necesidad de renunciar al propio yo y diluirlo, esta tendencia psicológica puede traducirse filosóficamente en una perspectiva en la que resulta ausente la consistencia del ente finito, la sustancialidad del ser particular, y, consecuentemente, la imposibilidad de hablar propiamente de persona humana y de su unicidad, irrepetibilidad y dignidad como fin en sí mismo; todo ello en plena coherencia con un monismo colectivista inevitablemente despersonalizante en el que lo individual —los individuos reales, concretos— están destinados a perecer, incluyendo a quien los lidera<sup>30</sup>.

### V.3. *Amor odiante*

Se dirá, sin falta de criterio, que el nazismo ha hecho del odio uno de los motores principales de su praxis histórica. Judíos, gitanos, disidentes y adversarios —internos y externos—, comunistas, homosexuales, algunos cristianos y otros muchos se cuentan entre sus víctimas. Preguntarse qué lugar tiene el amor dentro del planteo nazi podría, por lo tanto, antojársenos como un interrogante fuera de lugar o hasta de mal gusto. Sin embargo, no han sido pocos los indagadores de la naturaleza humana y su dinámica afectiva los que han señalado que el amor es la pasión fundamental que

---

<sup>30</sup> *Cfr.* Hitler 2011, Tomo I, 47 —correspondiente a la noche del 19 al 20 de agosto de 1941— y 61 —conversación correspondiente a la noche del 25 al 26 de septiembre de 1941—.

explica todas las demás, incluso el odio (Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-IIae, 25, 2). Odiamos, dirían, aquello que es contrario a lo que amamos, de modo que todo odio es, a la vez, amante (Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-IIae, 29, 2). Si no amáramos nada, no tendríamos tampoco razón alguna para odiar.

Pues bien, ¿qué hay para decir sobre el amor en el nazismo y, particularmente, en su líder? Respecto a Hitler parece haber entre los autores cierto consenso en la opinión de que las relaciones interpersonales no eran precisamente la mayor habilidad del *Führer*<sup>31</sup>. Se podría decir, sin embargo,

---

<sup>31</sup> Sus relaciones románticas, de hecho, no estuvieron exentas de tragedias, como manifiesta la historia de su sobrina Geli Raubal —quien se suicidó en 1931, a los 23 años de edad, con un disparo en el pulmón realizado con la pistola Walther de su tío (Simms 2021, 228 ss.)— y la de su última amante Eva Braun. En su diario llegó a anotar esta última: “Sólo deseo una sola cosa: estar muy enferma y no saber nada de él al menos durante ocho días. ¿Por qué no me sucede nada? ¿Por qué tengo que pasar todos estos tragos? ¡Ojalá no lo hubiera conocido! Estoy desesperada. Ahora vuelvo a comprar somníferos que ponen como en trance y no tengo necesidad de pensar tanto en todo esto. [...] A mí solo me necesita por ciertos fines; no puede ser de otra forma. Cuando dice que me ama sólo se refiere a aquel instante preciso. Lo mismo ocurre con sus promesas, que jamás cumple. ¿Por qué me martiriza de este modo y no rompemos de una vez?” (Fest 2005, VI, 2). Speer testimonia que Hitler habría dicho que “las personas muy inteligentes deben tomar una mujer tonta y primaria. ¡Imagínense ustedes si yo tuviera una mujer que se entrometiese en mis trabajos! Durante mi tiempo libre quiero estar tranquilo” (Fest 2005, VI, 2). Kershaw, por su parte, describe la relación de Hitler con la joven en los siguientes términos: “no podemos saber con seguridad qué satisfacción emotiva le proporcionaba, si es que le proporcionaba alguna. No debía de ser mucha, de todos modos. La mantenía apartada de la mirada pública por razones de prestigio. Las raras veces que estaba en Berlín, permanecía encerrada en su pequeña habitación en el «apartamento del *Führer*», mientras Hitler atendía las tareas oficiales o estaba ocupado con alguna otra cosa. Ni siquiera en su círculo íntimo permitía que ella estuviera presente en las comidas si había algún invitado importante. No le acompañaba en sus frecuentes viajes y tenía que estar la mayor parte del tiempo en el piso que él tenía en Múnich o en el Berghof, el único lugar donde podía aflorar como miembro de la «familia» extensa. Pero incluso hasta allí la escondía si tenía que recibir a un invitado importante. Cuando estaba presente, Hitler solía tratarla horriblemente, humillándola a menudo delante de otros” (Kershaw 2018, 72-73). Tras sus dos intentos de suicidio, Hitler parece haberse esforzado un poco más en la relación y lo cierto es que Braun, desoyendo las indicaciones de Hitler mismo, decidió unírsele en el búnker de Berlín y permanecer con él hasta el final. También suele haber coincidencias en la

que un hombre como Hitler, líder supremo del Reich alemán, no tenía tiempo ni “espacio afectivo” para amistades ni romances serios; que, si bien lo suyo no eran las relaciones interpersonales, su amor y dedicación estaban plenamente destinados a Alemania y a su salvación. En efecto, el término “amor” aparece en *Mein Kampf* una treintena de veces y en aproximadamente la mitad de ellas se trata del “amor a la patria”, “amor a la nación” o similares. El verdadero “amor” de Hitler, podría sospecharse, era Alemania.

Esto plantea varias cuestiones. Una de ellas, difícil de dilucidar, consiste en ver qué significa el amor “a un país”, “a una nación”. ¿Cómo pensar el amor a un colectivo? ¿Se trata en estos casos de un amor interpersonal? Una nación ciertamente no es una persona *stricto sensu*, pero a la vez está conformada por quienes sí lo son. ¿Implica el amor a un grupo social el amor por las personas que forman parte de él? Por lo pronto, por las razones filosóficas ya expuestas más arriba —a saber, que en su cosmovisión el individuo no tiene importancia en sí mismo, sino sólo en cuanto sirve al todo, y su mayor “valor” consiste en su capacidad de sacrificarse por él— parece claro que el “amor a Alemania” de Hitler no se traduce en “amor por los alemanes”.

La otra cuestión es la siguiente: ciertamente, cuando alguien ama, quiere lo mejor para el amado. Quiere, por tanto, su mejora, es decir, quiere que

---

opinión de que Hitler no tenía verdaderos amigos. Acaso las honrosas excepciones podrían ser August Kubizek, Heinrich Hoffmann y el arquitecto y posterior Ministro de Armamento del Reich, Albert Speer. Sin embargo, este último declaró durante los juicios de Nuremberg: “si Hitler hubiera tenido amigos, yo habría sido uno de ellos”. Respecto a otros “colegas” no parece que se pueda hablar de “amistad” en un sentido profundo, y en algunos casos se han sucedido incluso traiciones también con trágicos desenlaces. El caso paradigmático es el de Ernst Röhm, cofundador y comandante en jefe de las SA, quien fue detenido la “Noche de los cuchillos largos” y asesinado a balazos por dos agentes de la SD (Simms 2021, 325). Las relaciones con otros correligionarios de la cúpula tampoco terminaron de la mejor manera; tanto Himmler como Göring fueron acusados de traición por el mismo Hitler en los últimos días del Reich (Kershaw 2018, 1085 y 1100; Simms 2021, 714). Entre los que permanecieron fieles a Hitler se destaca Joseph Goebbels y su esposa Magda, quienes se suicidaron un día después de la muerte de Hitler, no sin antes matar con cianuro a sus seis hijos (Kershaw 2018, 1111, 1118). Este acto, sin embargo, es también muestra de una patología simbiótica y de no amistad genuina.

cambie hacia una mejor versión de sí, que de alguna manera llegue a su versión ideal. Sin embargo, este deseo de mejora puede tener su fuente en la aceptación dichosa del ser real del amado, o bien puede brotar del rechazo del mismo. Consideramos que el primer caso es el correspondiente al genuino amante, mientras que, en el segundo, más que amor, lo que se esconde en el fondo es un tipo de rechazo, de aversión por el “amado”.

Dos factores pueden ayudarnos a distinguir cuál de las dos formas tiene lugar. El primero, que ese “ideal” querido esté verdaderamente basado en lo “real”, es decir, que la mejor versión deseada esté en consonancia con el ser actual del objeto amoroso; que el *querer que sea mejor* signifique querer *que sea más el que es*, y no querer *que sea lo no es*. Esto implica no sólo una aceptación y un respeto sino también un cuidado de los límites, puesto que estos son los que hacen posible cualquier identidad, incluso la de un colectivo. El segundo, que la eventual no consecución de esa mejora, de ese “ideal”, no afecte el amor del sujeto amante por lo amado.

Respecto al primer factor, hablar de amor por Alemania en Hitler se revela como dudoso. El *Führer* ciertamente desea una Alemania mejor, que sea incluso potencia mundial al punto de extender su dominio sobre toda Europa o aún más allá. Pero esto implicaría que Alemania, de hecho, deje de ser Alemania, pues supone la supresión de los límites identitarios. Si bien, por un lado, Hitler se manifiesta como máximo nacionalista, su tendencia imperialista resulta contradictoria con ello, por cuanto el nacionalismo implica el respeto por los límites, cosa que no está presente en el imperialismo internacionalista —ni en el carácter de Hitler mismo—. Así como la persona individual está destinada a disolverse en el todo, también ese *todo* que es la nación, ha de padecer el mismo destino, si es que sus pretensiones son universales. “Porque su conquista universal del mundo significaba también una disolución de la personalidad nacional” apunta Komar al analizar el nazismo, indicando cómo las filosofías del Ser Genérico de inspiración idealista —presentes en la atmósfera intelectual del siglo XIX y también en la mentalidad hitleriana— “son hostiles a la idea de la Patria y de la Nación” (Komar 2005, 60)<sup>32</sup>. Puede pensarse, en primera

---

<sup>32</sup> “¿Es posible semejante mentalidad? ¿Es compatible esa mentalidad con el patriotismo? De ninguna manera. El nazismo no es nacionalismo: es expansión. No se cultivan tradiciones, no se crece de las raíces, sino que se intenta dominar el mundo.

instancia, que la pretensión de que una nación llegue a gobernar el mundo es la máxima expresión de amor por ella. Pero eso implicaría que dicha nación deje de ser precisamente ella, renuncie a ser ella misma. Se trata de un expansionismo que es, en última instancia, aniquilante, y que en lugar de estimular el desarrollo acarrea al exterminio —lo cual ha sido confirmado por los hechos mismos—, y eso dista mucho del amor auténtico (Komar 2005, 84).

Respecto al segundo factor —que el eventual fracaso en la mejora deseada no afecte el vínculo amoroso— las conclusiones resultan aún más claramente negativas. Como prueba está el hecho de que, una vez que se disiparon las esperanzas de que Alemania llegase a ser lo que Hitler quería que fuese, también se disipó su “amor” por ella y por su pueblo. Si la Alemania *real* no llegaba a ser esa Alemania *ideal*, esa entelequia amada por Hitler, entonces y bajo la ya mencionada lógica de la ley del más fuerte, Alemania ya no era digna de existir<sup>33</sup>. Y no parece muy propio de un

---

Superar todo lo que se opone” (44-45). “El nazismo tiene bases filosóficas antipatrióticas. [...] Hitler era austríaco y odiaba Austria: la germanidad tenía que ser puesta al servicio de una idea iluminista, de poder, de imperio, en la cual lo alemán era medio y no fin” (54). “Esto es el resultado de una filosofía que no reconoce lo propio; porque también la patria y la nación representan unos límites, unas determinaciones, unas delimitaciones bien marcadas. Una política, vida y desarrollo nacional significa lo mismo que en lo personal, desarrollar lo que fundamentalmente está ya dado. Si no se toleran límites, no se puede tolerar nada que esté constituido por unas aristas y por unas determinaciones bien precisas. A pesar de tener un programa de tipo nacionalista, el nazismo estaba destinado a diluirse. Es imposible pensar que pueda haber una nación alemana que haya incorporado casi toda Europa. [...] O expansión y sacrificio de la Nación, o afirmación de los caracteres y valores nacionales. Una nación en su política nacional pacta lealmente con otras naciones que siguen su política nacional, pero no las desarraiga. Este tipo de expansión, este no tener límites, es un factor que explica el fracaso. Querían conquistar demasiadas cosas, querían extenderse demasiado lejos. Nunca bastaba” (62-63).

<sup>33</sup> Debe subrayarse que esta idea estaba ya presente en Hitler mucho antes de que la derrota fuera inminente. Escribió en *Mein Kampf*: “Si un pueblo sucumbe sin luchar por los derechos del hombre, es porque al haber sido pesado en la balanza del Destino resultó demasiado débil para tener la suerte de seguir subsistiendo en el mundo terrenal. Porque la justa y eterna Providencia se encarga de convenir el final de quien no está dispuesto a luchar por su existencia o no se siente capaz de ello. ¡El mundo no está hecho para los pueblos cobardes!” (65). El 27 de enero de 1942, con Himmler como

verdadero amante el decir “no mereces existir porque no eres lo que yo considero que debes ser”, o peor y en mayor consonancia con su narcisismo: “porque no has llegado a ser lo que yo quiero que seas”. Aunque esto sí es lo propio dentro de un activismo, desde una in-dependencia ante lo real, en la lógica de una primacía del poder, en definitiva, dentro de un nihilismo de fondo.

Al final del Idealismo y vitalismo aparece el nihilismo: no hay nada. Ahora se entiende mejor la orden que dio Hitler cuando admitió que había perdido la guerra: “Tierra arrasada”. “Si los alemanes no han sido dignos de vencer, que sean esclavos de los que han vencido”. Prefería la nada. Así no habla un nacionalista; así habla alguien que se sirvió de su pueblo para una gran aventura activista en el sentido de romper todos los límites. (Komar 2005, 48)<sup>34</sup>

---

invitado, habría dicho: “En esto veo las cosas con toda frialdad. Si el pueblo alemán perdiera la fe, si no estuviera dispuesto a entregarse en cuerpo y alma para sobrevivir ¡entonces al pueblo alemán no le quedaría más que desaparecer!” (Hitler 2011, Tomo I, 237). Fest, en su célebre biografía, cita también la siguiente alocución del 27 de noviembre de ese año en conversación con ministro de asuntos exteriores danés, Erik Scavenius: “Si el pueblo alemán, en un momento dado, no es ya lo suficientemente fuerte ni se muestra dispuesto al sacrificio hasta el punto de poner en juego su propia vida, debe desaparecer y ser aniquilado por otra fuerza mucho más poderosa” (VII, 2). También Kershaw hace referencia a esto y cita otras expresiones similares en la misma época: “Aseguró que no existía ninguna posibilidad de un hundimiento del Reich alemán, pero sus comentarios posteriores pusieron al descubierto el hecho de que estaba considerando precisamente eso. La posibilidad de ese hundimiento «significaría el final de su vida», proclamó. Estaba claro quiénes serían, en tal eventualidad, los chivos expiatorios: los propios alemanes. «Ese hundimiento sólo podría causarlo la debilidad del pueblo», afirmó, según Goebbels. «Pero si el pueblo alemán volvía a ser débil, no se merecería otra cosa que su destrucción a manos de un pueblo más fuerte; no se podía sentir en ese caso ninguna simpatía por él»” (Kershaw 2018, 748). También en conversación con Carl Hilpert, comandante en jefe del grupo de ejército de Curlandia, el 18 de abril 1945: “Si el pueblo alemán pierde la guerra, habrá demostrado que no es digno de mí” (Kershaw 2018, 748).

<sup>34</sup> La orden de “Tierra arrasada” se refiere al decreto promulgado por Hitler el 19 de marzo de 1945 bajo el título “Medidas Destructivas en el Territorio del Reich”, también denominado “Decreto Nerón” —*Nerobefehl*—. Se indicaba allí que había que destruir “todas las instalaciones militares de transporte y comunicaciones, los establecimientos

Hitler cayó en la trampa de su propio razonamiento circular: “amaba” a Alemania porque era la portadora de la raza superior; se trataba de la raza superior porque lograría sobreponerse e imponerse por sobre las demás naciones; y se iba a imponer gracias a que era superior. Los hechos han desmentido estas premisas, que eran a la vez conclusiones. Con ello han echado por tierra la supuesta “superioridad” y también ese supuesto “amor”.

#### *V.4. Dogmatismo escéptico: afirmación de una verdad que se niega*

Ni el movimiento nacionalsocialista ni su *Führer* se han interesado mucho por la profundidad teórica ni por las grandes elaboraciones racionales. Aun cuando Hitler considerase que el pueblo alemán se destacaba por la talla de sus filósofos (Hitler 2011, Tomo II, 338-339), no parece haber tenido inclinación a identificar la “superioridad aria” con los grandes intelectuales que Alemania ha legado a la historia del pensamiento. Muy por el contrario, opinaba que ser un “pueblo de pensadores” debilitaba la imagen de la nación<sup>35</sup>.

Así y todo, sin embargo, es claro que el nacionalsocialismo cuenta con una *doctrina*, que posee ciertos *dogmas*, y —naturalmente— estos dogmas y esta doctrina, por ser tales, fueron considerados *verdaderos* por los partidarios del movimiento. Los nazis tenían sus “verdades” y no ahorraron esfuerzos en procurar la adhesión de las gentes a ellas.

A partir de esto se llega a veces a conclusiones apresuradas, como las que encontramos en algunos pensadores de postguerra que, basándose en experiencias como las del nazismo y las de otros sistemas totalitarios, deducen más o menos del siguiente modo: el nacionalsocialismo —u otra ideología totalitaria— afirmaba la existencia de una “verdad objetiva” —un

---

industriales y los depósitos de suministros, así como cualquier otra cosa de valor dentro del territorio del Reich, que de cualquier manera podría ser utilizado por el enemigo inmediatamente o dentro del futuro previsible para el enjuiciamiento de la guerra”. El decreto finalmente no se llevó a la práctica, en buena medida por la desobediencia de Speer (Kershaw 2018, 1056; Simms 2021, 704).

<sup>35</sup> “Si el extranjero ha aplaudido a esa Alemania de poetas y de pensadores, es porque sabía la debilidad que ello suponía para nosotros” (Hitler 2011, Tomo II, 302).

modo de ser determinado de lo real—, consideraba tener el conocimiento o “hallarse en posesión” de esa verdad —desplegada en su doctrina— y, por lo tanto, no tuvo reparos en imponer esa “verdad” a los demás —ya sea por medio de la propaganda manipuladora o el terror—, ejerciendo así una violencia sobre ellos. Y al considerar que estos tres aspectos están indisolublemente unidos entre sí, estos pensadores concluyen además que el modo de evitar esa violencia sería mediante la negación de la verdad objetiva, a fin de que nadie pueda considerarse “en posesión” de ella ni, por tanto, se crea con el derecho —o incluso el deber— de convencer a otros imponiéndosela.

Parece, no obstante, más prudente tomarse el tiempo para algunas distinciones en el análisis de esta cuestión, para lo cual el nazismo ofrece una buena oportunidad.

En primer lugar, ¿fue el nacionalsocialismo una postura en la que se defiende la existencia de una “verdad objetiva”, es decir, en la que se habla de un modo objetivo de ser de las cosas que es, además, inteligible? Hay razones para responder afirmativamente. Como se ha dicho ya, el nacionalsocialismo cuenta con una doctrina que, supuestamente, pretende decir cómo son las cosas y según qué leyes se rigen estas. La jerarquía interracial, la superioridad aria, el imperativo nacionalista, la ley del más fuerte como dinámica vital, etc., son tesis que apuntan a decir cómo es lo real y cuál es su *lógos* intrínseco.

Pero hay también razones para responder negativamente a la pregunta sobre una *veritas rerum* en el nazismo, razones acaso menos explícitas y de orden más bien actitudinal, pero no por ello irrelevantes. En efecto, la tesis de una *verdad ontológica* —o de una “razón objetiva”, como la llamaría Horkheimer (2007)— implica que las cosas no son lo que nosotros percibimos o lo que nosotros pensamos sobre ellas, sino que poseen un modo de ser independiente de nuestra captación. Se trata justamente de esa *verdad*, de ese contenido inteligible, que reside en el ser de las cosas mismas, más allá de cómo nosotros las captamos. Desde esta perspectiva, si nuestra captación pretende ser también ella *verdadera*, ha de adecuarse, subordinarse a lo que las cosas, en sí mismas, son. Esto exige de parte del sujeto una actitud de apertura, de objetividad, de aceptación y profundidad, de silenciamiento de los propios caprichos y prejuicios, para “dejar hablar a la realidad”. Exige silencio interior y un cierto olvido de sí, una actitud de

entrega contemplativa para poder inteligir la realidad modo más objetivo y hondo posible<sup>36</sup>.

Ahora bien, resulta relativamente manifiesto que esta docilidad, que esta hondura contemplativa y subordinada a lo real no han sido precisamente un rasgo distintivo del nacionalsocialismo ni de Hitler en particular. En el caso del *Führer* suelen señalarse su tendencia a la fantasía más allá de su niñez, su carácter soñador más allá de su bohemia juvenil y “artística”, su afán simplificador, su activismo, su voluntad de poder y el ya mencionado narcisismo, rasgos estos que no compatibilizan con la actitud contemplativa, detenida, silenciosa, subordinada al ser y anclada en una *verdad objetiva*<sup>37</sup>. Lo que parece predominar, en él y por su influencia también en el movimiento, no es la apertura a lo otro, sino la imposición, el dominio, la instrumentalización y la utilización pragmática a los fines del proyecto propio.

Con lo dicho pretendemos señalar que en el asunto del nazismo y la “verdad objetiva” hallamos, por lo pronto, una ambigüedad. Ambigüedad que, sin embargo, está coherentemente a tono con su misma concepción de ese *lógos* de lo real en el que la jerarquía del dominador y la imposición del más fuerte ocupan un lugar esencial. Se trata, una vez más, de una contradicción coherente.

En segundo lugar, está la cuestión que vincula la tesis de la “verdad objetiva” con la imposición de esa verdad a los demás, cuestión epistemológica y moral a la vez. Los nazis no han escatimado esfuerzos en asegurar la adhesión del pueblo a su modo de ver las cosas. Esto suele ser

---

<sup>36</sup> “El espíritu de verdad supone el sentido del ser. La verdad como *adaecuatio*, adecuación —u *omóiosis*, del griego también adecuación—, implica el sentido del ser, en tanto coincidencia de la infinita posibilidad de adecuación. Nunca acabamos de conocer, de entrar en la luz que proviene de la existencia de lo real. El conocimiento es una *amistad*, infinitamente perfectible. El sentido del ser lleva a que el verdadero conocimiento sea *un borrarse ante el objeto*. A la transmutación de la tendencia de dominar las cosas mediante el conocimiento, por una actitud subjetiva de admiración y docilidad. Cuando la realidad es vivida en el conocimiento o el amor, no es difícil olvidarse de sí mismo. El conocimiento y el amor son naturalmente ex-táticos” (Komar 2000, 55).

<sup>37</sup> Fromm destaca esta desvinculación respecto a la realidad como una característica del joven Adolf que, por su narcisismo, no logró ser superada en la madurez (Fromm 2004a, 367 ss.).

muy criticado en los tiempos que corren. No obstante, se debe tomar nota de que, en cierta medida, es algo que resulta de lo más natural. Si alguien considera que “X” es verdad, no debería sorprendernos ni escandalizarnos que quiera que también los demás lo piensen así. El creyente intentará que el ateo se convierta y el ateo procurará que el creyente descrea, como es lógico. El progresista procurará que el conservador se amigue con el cambio, mientras que el conservador dedicará su esfuerzo a que el progresista valore la tradición. Tal fenómeno no es extraño y, en principio, este afán no es una mala señal. Por el contrario, sería un mal signo el que alguien, convencido de una verdad, no tuviese dicho afán, dado que ello daría muestras de su desinterés por el otro.

Lo que sí se presta a objeción son los modos en que uno procura lograr ese convencimiento —si se intenta llevarlo a cabo respetando y aun estimulando el pensamiento del otro, o bien tratando de anularlo— y los motivos por los cuales se afana uno en él —si es por la honesta búsqueda del bien del otro, o si es para hacer uso del otro en vistas a otra cosa—. No siempre se repara en estos matices que, sin embargo, nos parecen importantes.

Si lo que se procura es la adhesión auténtica de los demás a algo que uno considera verdadero, esto implicará que se ha de intentar que tenga lugar en él un real *conocimiento*, es decir, que el otro pueda experimentar un encuentro personal con esa verdad, que la conozca en cuanto verdadera, fomentando para ello el ejercicio de sus facultades cognitivas, y no que la dé por verdadera apelando meramente a argumentos de autoridad —menos aún, a la fuerza— y obstaculizando el uso de aquellas facultades. Ahora bien, los nazis han sido explícitos en su intención de que toda “educación” nacionalsocialista —ya sea en el sistema escolar, en los encuentros juveniles o mediante el manejo de los medios de comunicación y a través de su tan desarrollado aparato de propaganda— consista en conducir e inducir a los ciudadanos a una aceptación acrítica, emocional —y no racional— y fanática de la ideología partidaria. Y expresamente recurrían a métodos de obstaculización del pensamiento personal y de la objetividad para lograr ese

cometido, como ya se ha dicho (Rauschning 1946, 148). El nazismo quería que todos pensasen lo mismo, pero que lo hicieran sin pensar<sup>38</sup>.

El otro punto que señalábamos a la hora de analizar el afán de convencimiento del otro era el de los motivos por los cuales este es buscado. Puede desearse la adhesión o la coincidencia por el bien del otro mismo, porque se considera que el conocimiento de determinada verdad le resultará provechoso, lo sacará del error, etc. Pero también se puede buscar esa adhesión por algo tercero, como para engrosar las filas de un movimiento, obtener ventajas estadísticas para este, dotarlo de más “recurso humano” — útil a la hora del sufragio o de medir fuerzas en un campo de batalla, por ejemplo—. Es de esperar que, en este segundo caso, poco importe que la adhesión se auténticamente personal, objetiva y crítica, puesto que en semejante situación poco importa el otro como persona. Y las ya mencionadas metodologías del nacionalsocialismo —apoyadas en lo irracional, lo emotivo, el instinto, la ausencia de criterio propio, la imposición por sugestión y/o el terror— son justamente una muestra cabal de ello.

Es por estos motivos que, aun si se quiere hablar de “verdad” en la propuesta nacionalsocialista, ella esté vinculada a la violencia. No por lo que la verdad tiene de verdadera, sino por el modo, alejado de la verdad y sus implicancias, en se ha intentado la adhesión a ella; por estar la “verdad” subordinada al poder, por ser herramienta de conformidad despersonalizada y despersonalizante, por entorpecer —queriendo llanamente impedirlo— el

---

<sup>38</sup> “Toda acción de propaganda tiene que ser necesariamente popular y adaptar su nivel intelectual a la capacidad receptiva del más limitado de aquellos a los cuales está destinada. [...] Cuanto más modesta sea su carga intelectual y más tenga en consideración el sentimiento de la masa, tanto mayor será su éxito. Esto, sin embargo, es la mejor prueba de lo acertado o erróneo de una propaganda, y no la satisfacción de las exigencias de algunos sabios o jóvenes estetas. El arte de la propaganda reside justamente, en la comprensión de la concepción emotiva que habita en la gran masa; en encontrar, por la forma psicológicamente adecuada, el camino para atraer la atención y el corazón del pueblo. [...] es un error querer dar a la propaganda la variedad, por ejemplo, de la enseñanza científica. La capacidad receptiva de la gran masa es sumamente limitada y no menos pequeña su facultad de comprensión; en cambio, es enorme su falta de memoria” (Hitler 2013, 116).

encuentro de cada uno con lo real; en definitiva, por ser *ideología*<sup>39</sup>; por ser una “verdad” no genuinamente concebida como tal.

Encontramos aquí, entonces, esta contradicción. En cierto sentido, Hitler y sus seguidores, seguramente estaban convencidos de que tenían razón, se sentían “en posesión” de la verdad, y se preocupaban y ocupaban —con indudable talento, por cierto— de convencer a los demás, a fin de que todos asintieran a su doctrina. Pero, a la vez, puede decirse que no creían en la verdad, porque esa sensación de ser su “dueño”, esa tendencia a instrumentalizarla para el propio proyecto, ese afán de manipulación propagandística tan célebre y esa necesidad de asentimiento acrítico que caracterizaron al nacionalsocialismo son contradictorios con la verdad y con lo que ella supone e implica.

#### *V.5. Creación destructiva de un poder impotente*

Si bien suele prevalecer —y con justicia— la actitud condenatoria para con Hitler y el nazismo, es habitual que a la hora de caracterizarlo y fundamentar ese rechazo se susciten múltiples polémicas. ¿Era Hitler un hombre “de derecha” o “de izquierda”? ¿Era conservador o progresista? ¿Moderno o reaccionario? ¿Creador o destructor?

Podrían analizarse estos interrogantes desde diversos puntos de vista: económico, político, cultural, artístico, religioso<sup>40</sup>... lo cual excede los límites de este espacio. No obstante, desde una óptica más estrictamente filosófica, podríamos preguntarnos si hay, en la cosmovisión de Hitler y del nacionalsocialismo, algún *eidos* eterno e inmutable, alguna defensa de valores absolutos e inalterables. Acaso la *raza* y su pureza —más que la *nación*— podrían ubicarse en tal pedestal, de la que se sigue su rechazo del

---

<sup>39</sup> Utilizamos aquí el término no para referirnos a un conjunto de ideas políticas y/o axiológicas, sino en su sentido peyorativo como herramienta política que hace uso de ideas que distorsionan la realidad y justifican el dominio del más poderoso imponiendo una cosmovisión que legitima el poder.

<sup>40</sup> Para analizar la postura expresa de Hitler sobre la religión y la Iglesia ver Hitler (2013, 77, 217, 269, 287 y 359). El que testimonia una actitud apóstata en Hitler es Rauschning (1946, 37 ss.). Para un análisis del nazismo desde lo teológico-soteriológico recomendamos las reflexiones de Romano Guardini (1956) en su breve obra *El mesianismo en el mito, la revelación y la política*.

pluralismo y lo arrima en cierto sentido a una postura filosófica más “platonizante” y conservadora<sup>41</sup>. Pero hay a la vez una ya mencionada tendencia a establecer un *orden nuevo*, a crear un *hombre nuevo*, a escribir una *nueva historia*<sup>42</sup>... Si a ello se añade el afán expansionista, el irrespeto sistemático por lo “dado” y por los límites, resulta más fácil ubicarlo en una propensión de tipo progresista —por ejemplo, Komar (2005, 35 y 45)—.

Darí la sensación de que, así como encontramos una paradoja en su cosmovisión —por un lado, la exhortación a ser fiel a la ley de un orden natural, pero por otro, la concepción de dicha ley como algo que conduce a quebrantar el orden, conflictuar con lo otro e imponerse sobre él—, algo similar podría señalarse aquí: una invitación a ser fiel a la raza y sus características esenciales —elemento de tinte conservador y tradicionalista—, pero a la vez la distinción de dicha raza por su creatividad y poder transformador —elemento innovador y progresista—, pues Hitler mismo identificaba la superioridad del pueblo ario con su carácter *creador*, más que con una actitud conservadora<sup>43</sup>.

De todo lo dicho podría sacarse una conclusión, según la cual la ambigüedad entre conservadurismo y progresismo, en definitiva, entre fidelidad y avance, entre permanencia y cambio, sería de suyo contradictoria, pues serían categorías en sí mismas incompatibles. Sin

---

<sup>41</sup> Algunos autores señalan que este aspecto “platónico” es, a la vez, el elemento que aleja al hitlerismo de la filosofía hegeliana (Lukacs 1948). Otros pensadores, sin embargo, señalan las cercanías entre Hegel y el nazismo. Así, siguiendo a Popper (2010), lo hace el objetivista Lonard Peikoff (1982, especialmente 34 ss.).

<sup>42</sup> Esta perspectiva aparece claramente en Rauschning (1946, 169), quien atribuye a Hitler estas palabras: “Sí; el hombre es un ser que debe superarse. [...] Todo cuanto se inmoviliza, se para, tiende a permanecer estable. Todo lo que se aferra al pasado desmaya y perece. En cambio, cuantos escuchan la voz primitiva de la Humanidad y se consagran al movimiento eterno son los portadores de antorchas, las vanguardias de una nueva Humanidad. [...] Quien no entiende el nacionalsocialismo más que como movimiento político sabe muy poca cosa. El nacionalsocialismo es más que una religión: es la voluntad de crear al superhombre”.

<sup>43</sup> “Si se dividiese la Humanidad en tres categorías de hombres: creadores, conservadores y destructores de la Cultura, tendríamos seguramente como representante del primer grupo sólo al elemento ario. [...] Fue el ario quien abasteció el formidable material de construcción y los proyectos para todo progreso humano” (Hitler 2013, 184).

embargo, consideramos que el genuino progreso y el verdadero desarrollo, en última instancia, no son algo opuesto a la permanencia. Algo —o alguien— crece y se plenifica no en la medida en que se adultera y traiciona a sí mismo, sino en la medida en que despliega sus propias potencialidades, haciendo realidad —“actualizando”, por decir en vocabulario aristotélico— lo que ya se encontraba virtualmente presente en él, logrando así la mejor versión de sí mismo. Si esto es cierto, entonces la dicotomía entre cambio y permanencia no resulta válida, sino que el primero exige la segunda, sin que en ello haya contradicción alguna.

Ahora bien, para que este desarrollo auténtico tenga lugar, el cambio debe estar cimentado en *lo que es* —que incluye *lo que puede llegar a ser*—, es decir, en el ser *real* de las cosas, incluyendo las potencialidades *reales* que son inherentes a ellas. Es esta una postura que verdaderamente respeta el *eidos* de cada cual y su estructura acto-potencial, todo lo cual implica también el respeto por lo dado y los límites. Pero no parece ser esta la postura que predomina en la mentalidad de Hitler ni en la propuesta ideológica del nazismo. No lo es *ad extra* de lo “alemán”, donde la falta de respeto resulta evidente por las políticas llevadas a cabo para con otras naciones, y no lo es tampoco *ad intra*, si es que es válido nuestro análisis previo, según el cual lo que Hitler y el nazismo querían no era el desarrollo de la Alemania *real*, sino la realización de una Alemania *ideal*, que es la que ellos querían que fuera —y cuya “esencia” habría de demostrarse en la práctica vencedora—. Cuando ese ideal no está basado en la aceptación y en las potencialidades reales, cuando lo nuevo por ser no está radicado en lo dado que es, como se ha dicho y como consideramos que es probable que haya sucedido en este caso, el efecto no puede ser auténticamente constructivo, sino que resulta inevitablemente violento y destructor, porque se pretende forzar a la realidad a convertirse en algo, sin tener en cuenta qué posibilidades reales había para ello.

Este aspecto destructor engarza con lo que tal vez sea el diagnóstico psicológico más severo que Fromm realiza de Hitler al considerarlo un

paradigma de la *destruibilidad*<sup>44</sup> y, en última instancia, un *necrófilo*<sup>45</sup>. El necrófilo quiere destruir todo y a todos porque su enemigo es la vida misma. Este sería, según Fromm, el último peldaño de la evolución desde el carácter anal normal, pasando por el sádico, y llegando finalmente a la necrofilia, evolución que se determina por el aumento del narcisismo, de la ausencia de relación y de destructividad. Así como Hitler quería ser “el gran constructor”, dice Fromm, era a la vez “el gran destructor” y no sería descabellado concluir que “sus planes para reconstruir ciudades eran una excusa para destruirlas primero” (Fromm 2004a, 285)<sup>46</sup>.

Ciertamente hay en Hitler y en la propuesta nacionalsocialista un elemento “creativo”. Pero su carácter creador parece estar cerrado a la posibilidad de respeto para con el ser. Esto, que a primera vista puede ser considerado como algo a favor de una mayor creatividad, termina coincidiendo con la actitud de dominio, por haber rechazado toda subordinación y todo límite. No es una creatividad dialogante con lo dado, con la vida, con su *lógos*, y por ende resulta violenta y no llega a ser verdaderamente fecunda. Por muy llena de vitalidad que se crea, esa vitalidad no deja de ser tanática. Y por mucho que se jacte de su fuerza y su

---

<sup>44</sup> “De ser obstaculizada la tendencia de la vida por crecer y por ser vivida, entonces la energía así bloqueada se ve sometida a un proceso de modificación y se transforma en energía destructora de la vida. La destructividad es el resultado de la vida no vivida. [...] el impulso destructor es una potencialidad secundaria en el hombre, que se manifiesta únicamente si fracasa en la realización de sus potencialidades primarias” (Fromm 2004c, 234-235).

<sup>45</sup> “La necrofilia en sentido caracterológico puede describirse como la atracción apasionada por todo lo muerto, corrompido, pútrido y enfermizo; es la pasión de transformar lo viviente en algo no vivo, de destruir por destruir, y el interés exclusivo por todo lo puramente mecánico. Es la pasión de destrozarse las estructuras vivas” (Fromm 2004a, 237). Aquí se señala una diferencia con el sadismo, centro del análisis de Hitler en *El Miedo a la Libertad*. El sádico busca el poder sobre otro ser, quiere transformar así su propia impotencia en la experiencia de omnipotencia. Para ello, necesita que su víctima se conserve viva. El destructor, en cambio, “quiere acabar con la persona, eliminarla, extinguir la vida misma” (208).

<sup>46</sup> Visto desde esta perspectiva, dice el autor, se puede sospechar que, en última instancia, quizás —a nivel inconsciente— Hitler ni siquiera buscaba vencer. Lo que buscaba era el poder y la destrucción. A vistas de los hechos, lo logró y cumplió esos objetivos.

voluntad<sup>47</sup>, se trata de una voluntad falta de realismo en sentido profundo y exacerbada de un poder que, en última instancia, resulta impotente.

Impotente no sólo porque, a la postre, no logró sus objetivos y produjo los resultados diametralmente opuestos a aquellos a los que aspiraba. Sino impotente ya *a priori*, ontológicamente, porque no tiene en cuenta las posibilidades reales, imponiendo entonces lo irrealizable y forzando a las cosas a ser lo que no son. Su dinámica no se basa en el encuentro, sino en la imposición —vinculada al temor a las cosas a las que no tiene fuerza para subordinarse—, y finalmente resulta estéril.

Es esta la “creatividad” de una razón meramente *subjetiva*, para decirlo en términos de la Escuela de Frankfurt, centrada en la eficiencia de los medios, pero ciega para considerar la validez de los fines; una “razón instrumental” (Horkheimer, 2007), de raíz iluminista, abstractificadora, estandarizante y, por tanto, despersonalizante (Adorno y Horkheimer, 2013, 24 ss.). Una “razón” cosificante de los demás y de uno mismo (Adorno y Horkheimer 2013, 19-20 y 39-40), dedicada al control, a la dominación y a la eventual aniquilación de los obstáculos —incluyendo a seres humanos— que pudiesen entorpecer su eficiencia. Una “razón” muy irracional, por cierto, sorda a las posibilidades, frenos y exigencias que la misma *realidad* —la “razón objetiva”— podría ofrecerle para darle orientación.

## VI. Epílogo: el bunker como símbolo<sup>48</sup>

El 30 de abril de 1945, mientras Berlín era sitiada por el Ejército Rojo, en el *Führerbunker* situado en los jardines de la devastada *Reichskanzlei*, Hitler decidió dar término a su vida. En esta decisión lo acompañó —al

---

<sup>47</sup> La voluntad de Hitler es, según Fromm “irracional”; es mero afán apasionado, alimentado por pasiones irracionales, a diferencia de una voluntad “racional” que es la capaz de poner esfuerzo, realismo, disciplina y paciencia para alcanzar un fin racionalmente deseable. “Es como un río que rompe un dique; es potente, pero el hombre no es dueño de esa voluntad; es ella quien lo mueve, lo obliga, lo esclaviza. La voluntad de Hitler era ciertamente fuerte si la entendemos como voluntad irracional. Pero su voluntad racional era débil” (2004a, 307).

<sup>48</sup> Para más detalles sobre los últimos días en el búnker ver los trabajos de Fest (2005, VII, 2), Kershaw (2018, 1094 ss.) y Simms (2021, 706 ss.).

parecer, voluntariamente— su flamante esposa Eva Braun. Los restos de ambos fueron incinerados inmediatamente después, para que no pudiesen ser encontrados ni abusados por los soviéticos.

Él, que había tenido planes de conquistar toda Europa —y acaso más—, murió ocho metros y medio bajo tierra, en la humedad y el encierro de su último habitáculo. El gran vitalista y voluntarista, el que tanto había hablado sobre el poder y el coraje, abandonó este mundo con un acto de fuga, desesperación e impotencia. El gran manipulador de masas terminó en relativa soledad, abandonado por muchos partidarios e incluso traicionado por algunos de sus correligionarios más cercanos. El supuesto conductor y salvador de una raza supuestamente superior abandonó a su pueblo luego de haber sembrado en él la barbarie y la confusión. Él, que había ideado una monumental arquitectura —edilicia y social—, se disparó en su recinto subterráneo, bajo aquella ciudad en la que apenas algún edificio quedaba aún en pie y en la que niños y ancianos, en total desorden e improvisación, habían sido exhortados a tomar las armas para sostener una obsoleta e inútil defensa ante los rusos.

Estos contrastes, junto a otros tantos que hemos señalado a lo largo de nuestro estudio, manifiestan a la vez una curiosa sintonía. En el hecho de que el hombre que quiso gobernar el mundo e instaurar un “orden nuevo” se suicidara escondido bajo tierra, hay convergencia. La voluntad de poder y el deseo de dominio ya son, en cierto sentido, un tipo de encierro, puesto que conciben al otro como material manipulable, instrumento, o bien enemigo. Es decir, la voluntad de dominio impide una verdadera apertura al otro y a la realidad, encerrando al hombre en sí mismo. Por eso, este no puede establecer con lo real un verdadero contacto y no puede nutrirse con ello, con lo cual empobrece su vitalidad y se encamina hacia el agónico letargo autosupresor. No se logra establecer un genuino diálogo con lo existente porque no se quiere estar subordinado a nada, y de tal modo no queda otra posibilidad que la asfixia, por mucho que se hable del “espacio vital”. Se trata de una actitud que es inexorablemente violenta para con los otros y para con uno mismo, más allá del grado que dicha violencia alcance.<sup>49</sup>

---

<sup>49</sup> “El fracaso de Hitler fue apocalíptico, porque se involucró en una empresa de tremendas dimensiones. Muchos otros no tienen fracasos apocalípticos porque no poseen su delirio de grandeza. Pero por eso no están más justificados, porque en el

La tendencia a la supresión de todo límite, en definitiva, no expande, sino que debilita, y ya es, de suyo, una senda hacia la auto-extermiación. La voluntad de poder que, para imponer un —su— “nuevo orden”, rechaza el orden dado natural, es finalmente estéril, y el hombre que quiere suplantar al Salvador termina no siendo otra cosa que el condenador y aniquilador de sí mismo y de los demás.

## Referencias

- Abrahamsson, Christian. 2013. “On the genealogy of Lebensraum”. *Geographica Helvetica* 68: 37–44. <https://doi.org/10.5194/gh-68-37-2013>
- Adorno, Theodor y Max Horkheimer. 2013. *Dialéctica del Iluminismo*. Terramar.
- Arendt, Hannah. 1993. *Los orígenes del totalitarismo*. Taurus.
- Arendt, Hannah. 1995. *De la historia a la acción*. Paidós.
- Fest, Joachim. 2005. *Hitler, una biografía*. Planeta.
- Fraenkel, Daniel. 2004. “La ideología nazi y sus raíces”. En *Shoá – Enciclopedia del Holocausto*, coordinada por Robert Rozett y Shmuel Spector. E.D.Z. Nativ Ediciones.
- Fromm, Erich. 2004a. *Anatomía de la destructividad humana*. Siglo XXI.
- Fromm, Erich. 2004b. *El Miedo a la Libertad*. Paidós.
- Fromm, Erich. 2004c. *Ética y Psicoanálisis*. Fondo de Cultura Económica.
- Guardini, Romano. 1956. *El mesianismo en el mito, la revelación y la política*. Rialp.
- Hitler, Adolf. 2011. *Conversaciones sobre la guerra y la paz*, tomos I y II. Sieghels.
- Hitler, Adolf. 2013. *Mein Kampf*. Edición Rienzi.

---

fondo están fuera de la realidad. Este es el *quid*. [...] Hay muchos *Hitleres* en el mundo. Porque en el fondo, la esencia de su actitud es imponer su modo de ver, su esquema, tratando la realidad como un material plástico, como una arcilla blanda, en la cual se estampa cualquier esquema. Y allí está la crueldad. Las personas que están del lado de la arcilla y son tratadas como arcilla, quedan aplastadas. Es decir, no hace falta que el que actúa así sea personalmente cruel. [...] Su crueldad reside en su desprecio por la verdad objetiva. De allí la brutal adoración del poder” (Komar 2005, 77 y 124).

- Hitler, Adolf. s.f. *Adolf Hitler, discursos 1933-1938*. Ed. Kamerad (versión digital).
- Horkheimer, Max. 2007. *Crítica de la razón instrumental*. Terramar.
- Kershaw, Ian. 2004. *La Dictadura Nazi*. Siglo XXI.
- Kershaw, Ian. 2018. *Hitler 1936-1945. Nemesis*. Watcher.
- Klinke, Ian y Mark Bassin. 2018. “Lebensraum and its discontents”, *Journal of Historical Geography* 61: 53-58.
- Komar, Emilio. 2000. *La Vitalidad Intelectual*. Sabiduría Cristiana.
- Komar, Emilio. 2005. *El nazismo: una perspectiva transpolítica*. Sabiduría Cristiana.
- Lévinas, Emmanuel. 2001. “Algunas reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo”. *Cuaderno Gris. Época III* 5: 161-167.
- Lukacs, Georg. 1948. “Hegel y los nazis” (*Der deutsche Faschismus und Hegel*). En *Schicksalswende: Beitrage zu einer neuen deutschen Ideologie*. Aufbau-Verlag.
- Peikoff, Leonard. 1982. *The Cause of Hitler’s Germany*. Plume (Penguin Group).
- Popper, Karl. 2010. *La Sociedad abierta y sus enemigos*. Paidós.
- Rauschning, Hermann. 1946. *Hitler me dijo*. Ediciones Atlas.
- Schmitt, Carl. 2001. “El Führer defiende el derecho”. En *Teología Política*. FCE.
- Simms, Brendan. 2021. *Hitler. Sólo el mundo basta*. Galaxia Gutenberg.
- Tomás de Aquino. s.f. *Summa Theologiae*, Corpus Thomisticum. <http://www.corpusthomicum.org/iopera.html>
- Trotsky, Leon. 1933, “Hitler, el pacifista”. *The Militant*, 30 de diciembre y correcciones a la traducción publicadas en *The Militant* el 6 de enero de 1934.
- Weber, Max. 2002. *Economía y Sociedad*. Fondo de Cultura Económica.